

CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Muntaner, 22, bajos

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —

R. Rucabado.—Carlos Jordá.—J. M. López Picó.—F. de Sagarra.—Eladio Homs.—J. Martí y Sábata.—J. Farrán y Mayoral.—Manuel Reventós.—Emilio Vallés.—J. Garriga Masó.—Ernesto Homs.—María C. Torner.—Eugenio d'Ors.—J. Torres García.—D. Martínez Ferrando.—Bernabé Martí y Bofarull.—J. Bosacoma y Pou.—Luis Jover Nunell.—J. Bassols.—C. Creuher.—L. Figueras Dotti.

SUSCRIPCIÓN

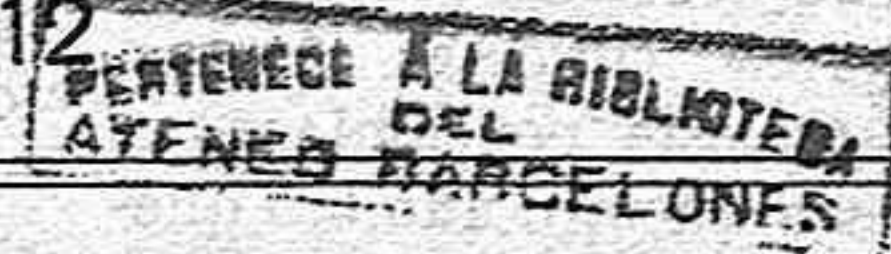
España 3 pesetas trimestre
Europa 3 francos
Número suelto 25 céntimos

— PAGO ANTICIPADO —

Año VI

Barcelona 25 de Mayo de 1912

Núm. 242



SUMARIO

Menéndez y Pelayo

Dedicatoria.

Nota de Redacción.

Marcelino Menéndez y Pelayo, por A. RUBIO Y LLUCH.*

Menéndez Pelayo y sus «Obras completas», por MANUEL DE MONTOLIU.*

La obra de Menéndez y Pelayo:

Como crítico literario: Ramón Lull y Ausias March, (del *Estudio sobre la Poesía Mística*).

Como crítico filósofo: Luis Vives, (de los *Ensayos de crítica filosófica*).

Como poeta: En Roma, soneto: **A la memoria del poeta D. Manuel Cabanyes**.

Como traductor clásico: Canto Secular de Horacio.

Una página de los «Heterodoxos»: La evolución de la Historia eclesiástica.

Una página de las Ideas Estéticas: Raimundo Sabunde.

Bibliografía sumaria: sus principales producciones.

Ciencia política

Algunas ideas sobre los partidos políticos. (Ensayo de filosofía política), por J. MARTÍ SABAT.

Cuestiones morales

La tristeza de la literatura contemporánea, V y VI, por J. DELEITO Y PIÑUELA.

Expansión Catalana

Los Orfeones de Cataluña en Madrid.—El «Orfeo Tarragoní» y el «Orfeo Catalá», por BERNABÉ MARTÍ Y BOFARULL.

La Semana

NOTA DE ACTUALIDAD.—*El proyecto de las mancomunidades en el Congreso y la Asamblea del Noguera-Pallaresa*, por R.

A LA MEMORIA DE MARAGALL.—*En el Palau de la Música Catalana*.

El llegat, poesía, por JOSÉ CARNER.

MENÉNDEZ Y PELAYO

El día diecinueve de Mayo fué llamado por el Señor, en la ciudad de Santander, don Marcelino Menéndez y Pelayo, el historiador y el crítico del pensamiento ibérico.

Formó su espíritu en Barcelona. En la escuela de Milá y Fontanals y Francisco Javier Llorens y Barba y en la compañía y fraternidad de los discípulos de ambos, adquirió el germen de las dos capitales virtudes de su esfuerzo: el *seny*: el juicio claro y severo, y el espíritu laborioso y constante.

Escribió la *Historia de los Heterodoxos españoles*, que es, sobrepasando á su fin estricto, la historia de la idea y del espíritu religiosos en España.

Compuso la *Historia de las Ideas estéticas en España*, y clasificó y depuró y pesó toda la producción del genio ibérico en teoría y en Artes.

Hizo en *La ciencia española* el archivo crítico, el proceso y fallo de todo cuanto de filosofía y de ciencias del espíritu ha florecido en suelo español y está ligado por el vínculo católico acentuado por las tradiciones de raza.

Tradujo á Tibulo y á Horacio aportando á la poesía castellana lo palpitante, lo luminoso y lo digno del clasicismo helénico y latino.

Trasladó á Chenier, á Hugo Fóscolo y Leopardi, y enriqueció la lírica castellana con su propia producción poética, en que un ritmo noble y clásico ceñía apenas el ardor rebotante de su espíritu.

Fué un amigo de Cataluña. Aquí, en el Ateneo, leyó sus primeros trabajos de erudición. Conoció y amó la lengua y la literatura catalana, las grandes figuras de nuestro pensamiento antiguo y moderno; fué el hermano de una generación de universitarios. Celebró la be-

lleza de nuestra poesía popular y la grandeza de nuestra moderna epopeya. Hizo respetar nuestras letras por la intelectualidad del centro de España. Fué paladin de la creación de una cátedra de lengua y literatura catalana. Admiró á Ramón Lull, á Ausias March y se llamó devoto discípulo de Luis Vives. Cantó un memorable elogio á Cabanyes. Testimonió su entusiasmo á Verdaguer. Veneró como un hijo á su maestro Milá del cual fué discípulo predilecto, hasta heredar del mismo toda la documentación. Tradujo al castellano poetas catalanes, antiguos y del renacimiento, y presidió los Juegos Florales de 1880.

Su erudición llegó seguramente á los límites de lo que al entendimiento humano sea dable abarcar; más su capacidad insaciable, su avidez crítica y científica de investigador positivista estuvo en él subordinada á un gobierno central, sometida á la soberanía de su personalidad espiritual: Menéndez Pelayo es el positivismo hecho servidor del Catolicismo.

El afirmó ante el mundo intelectual la existencia de una ciencia española. La Europa de los eruditos y de los historiadores le cuenta por suyo, y su personalidad sostiene en el mundo científico un valor altísimo: el de que merced á su pasión interna, á su sangre latina, y á la infusión mediterránea que recibió su alma, allí donde un germánico hubiera elevado á ídolo la formidable máquina científica que él tenía en sus manos, dueño y señor siempre de lo suyo, clasifica, domina, interviene, hace entrar, divididas y canalizadas, las aguas de su caudal inconmensurable por campos del reino del Espíritu. Fué Arbitro de su propia ciencia, y esto es su mayor gloria.

El número próximo estará consagrado al 2.º Congreso Regional de Ateneos y Asociaciones de Cultura, de Villanueva y Geltrú.

En la muerte de D. Marcelino Menéndez y Pelayo esta Redacción, con todos sus amigos y colaboradores, trasmite a la familia el testimonio de su mayor pena.

Nota de Redacción

El nombre de Menéndez y Pelayo está asociado a una efeméride memorable de nuestra revista. El núm. 100 de LA CATALUÑA, correspondiente al 4 de Septiembre de 1909 fué dedicado casi por entero al gran polígrafo. Su objeto fué preparar la celebración de un homenaje ó tributo a Menéndez y Pelayo, que consistiría principalmente «en la celebración de una fiesta literaria en su honor y en la publicación de una edición completa y económica de sus libros, opúsculos y trabajos insertados en diversas revistas nacionales y extranjeras». Diversas circunstancias impidieron que este pensamiento se llevara adelante, pero nuestro número queda, como un perenne testimonio de admiración, tal que hoy no sabríamos expresarla en mejor forma.

Interesará seguramente a los lectores que nos dispensan atención sólo a partir de nuestra segunda época, conocer el contenido de aquel número de homenaje a Menéndez y Pelayo, que fué dirigido por nuestro antiguo redactor D. José Roig. He aquí el sumario:

LA CATALUÑA a Menéndez y Pelayo, por J. ROIG.

Menéndez y Pelayo como catalanista, por A. RUBIÓ Y LLUCH. Artículos publicados en 1881, en el *Diario de Barcelona* y reproducidos con una carta original de su autor.

Para el homenaje a Menéndez y Pelayo, por JUAN MARAGALL.

Menéndez y Pelayo y la lengua catalana, por R. MIQUEL Y PLANAS.

León XIII y Menéndez y Pelayo, por JAIME COLELL, Pbro.

Nota sobre Menéndez y Pelayo, por PEDRO COROMINAS.

Adhesión, por J. M. LÓPEZ PICÓ.

El joven traductor de Tibulo: M. Menéndez y Pelayo, por JAIME BARRERA.

Elegías de Albio Tibulo, traducidas directamente del texto latino.—Elegía 1.^a—Libro 1.^o «Divitias alius fulvo sibi. congerat auro—et teneat culti jugera multa soli», por MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO (1874).

Cervantes considerado como poeta.—Ensayo de crítica literaria leída por su autor en el Ateneo Barcelonés, el 20 Abril 1873, por MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

El Renacimiento catalán, (fragmentos de la «Semblanza literaria» de Milá y Fontanals), por MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Grabados

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, (retrato).

Menéndez y Pelayo en 1873, (id.)

Al conmemorar su muerte, honramos otra vez estas páginas con la reproducción de nuevos fragmentos, como especial tributo a varias de las múltiples actividades literarias del autor de los *Heterodoxos*: crítica literaria, crítica filosófica, traducción clásica y poesía. Más adelante publicaremos trabajos de fondo acerca del mismo, confiados a algunos de nuestro colaboradores.

D. Antonio Rubió y Lluch, del *Institut d'Historia*, que fué más que condiscípulo y amigo de Menéndez y Pelayo, su hermano

del alma, nos proporciona una vez más sus valiosas palabras sobre el gran escritor. El artículo de 1881, reproducido en nuestro número 100 ponderaba su obra catalanista, de amor a Cataluña; el que acaba de dar a las páginas de *La Veu de Catalunya* y que traducimos a continuación es una sentidísima

nota íntima; el importante estudio de don Manuel Montoliu, publicado en *La Vanguardia* fué escrito muy pocos días antes de la muerte de Menéndez y Pelayo.—Una bibliografía sumaria completa el homenaje que dedicamos en este número a su memoria.

Marcelino Menéndez Pelayo

Era el más paternal, el más consecuente, el más glorioso de mis amigos. Con su muerte me parece que desaparece y se precipita una gran parte de mi pasado, tal como se derrumba una pared maestra, se cuarteja y oscila un edificio. La muerte y la gloria consagrando ahora su nombre, me han descubierto, con una emoción intensa que me ahoga y me abrumba, que yo le llevaba tan profundamente escrito dentro de mi corazón, como los más fuertes y viejos afectos de la sangre. Empero, no es de mi dolor de lo que vengo a hablar ahora, ni tengo tampoco derecho a hacerlo delante de un duelo nacional, y que con mayor ó menor intensidad todos compartimos. Menéndez Pelayo era uno de los más sinceros admiradores que Cataluña tenía en la tierra española. Nadie como él le había hecho más justicia ni la había conocido tan a fondo. Era hijo de las entrañas espirituales de Cataluña, y con orgullo y grandeza, con aquella grandeza titánica y solemne que tomaba su voz al leer sus obras, lo declaró cuando ultimamente vino a Cataluña a tributar su homenaje al más grande y más querido de sus maestros: al glorioso Milá y Fontanals. En aquel admirable discurso, uno de los más sentidos y más llenos de ideas que haya salido de su pluma—yo descubro siempre allí nuevas revelaciones—confesaba llanamente esta filiación suya de la escuela catalana, cuyo fondo hacía poder afirmar que no se había modificado nunca en su espíritu. «Allí—dice—contemplé en ejercicio un modo de pensar histórico, relativo y codicioso, que me llevó no al positivismo, sino a la prudente cautela del *ars nesciendi*.» Léase el último admirable volumen, el primero de la serie malaventuradamente detenida de la nueva «*Historia de los heterodoxos españoles*» consagrado a la prehistoria y a la historia primitiva de España, y allí se verá una vez más con qué parsimonia, con qué cautela, trata los difíciles problemas de nuestros orígenes históricos, huyendo de toda teoría, de todo apriorismo, de toda construcción hábil, buscando siempre lo concreto, lo determinado, el criterio de observación y de conciencia tal como lo había visto practicado por sus dos eminentes maestros Francisco Javier Llorens y Milá y Fontanals. Más de una vez, años después de terminados sus estudios, cuando su nombre era ya el prestigio más alto de la ciencia española, al ver yo con admiración encima de su mesa de estudio en Madrid, mezcladas con las obras capitales del entendimiento humano, las del gran maestro vilafranquino, me ha habido manifestado que a otra cosa no aspiraba, sino a convertirlas en substancia propia, y hasta tal punto lo consiguió aquel hijo intelectual de nuestra Cataluña, de cuyo espíritu cada día parecemos divorciarnos más y más, que no sería extraño, tiempo a venir, que al tratar de restaurar otra vez los fundamentos

de la escuela catalana, fortalecidos con la moderna cultura mundial, tuviésemos que ir a buscarlos en las mismas obras del gran polígrafo montañés, donde más que entre nosotros parecen haberse conservado inalterables desde que los pusieron los grandes educadores de la moderna Cataluña intelectual.

Y no sólo es como criterio y como escritor que podemos reclamar este parentesco espiritual de Menéndez Pelayo, sino aún como poeta. Otro escritor catalán, el inmortal Cabanyes, fué el que decididamente orientó su vocación en este sentido, que en su juventud manifestó tan enérgica y tan personal. Su apoteósica da a Cabanyes escrita al dejar la tierra catalana, es el primer canto que abre su primera colección de obras poéticas, como una ardiente profesión de fé. El cisne de Venusa era para él *el rey de la lira*. Cabanyes, el único que en España había sido digno de recoger los acentos de la musa horaciana. Mas de medio siglo había de transcurrir antes de que nuestro poeta citado encontrase su verdadero heredero en las montañas de Cantabria, libres y independientes como las de Cataluña, en nuestro Menéndez y Pelayo, quien volvió a hacer recorrer con la misma brava independencia é indómita energía las estrofas del cantor del Panadés.

No me encuentro ahora en disposición de hacer una semblanza literaria de Menéndez y Pelayo, ni es tampoco la presente, la ocasión mas apropiada. Escribo estas cuartillas con la ansiedad de que lleguen con oportunidad a mis lectores, entre la preparación de la penosa tarea de los exámenes, y las angustias del poco tiempo que me queda para dictarlas. No es tampoco esta la hora de la crítica y de la reflexión: es la hora solemne de la emoción y del estupor. Ha venido de súbito, como una sacudida violenta, sorprendiéndonos a todos, hasta a los que estábamos mas preparados para ellos.

No hace aún cuatro días que recibí de Santander, enviado por su mismo autor—como tenía siempre la costumbre de hacerlo con todas sus obras, desde la primera que salió a luz hará cosa de treinta y ocho años—el primer volumen de la «*Historia de la poesía hispano-americana*».—Hacia cerca de tres meses que no tenía noticias directas suyas; pero en este intermedio había recibido dos importantes volúmenes de la colección completa de sus obras, que empezó a publicar el editor Victoriano Suárez, de Madrid. Yo me deleité en ellos, alimentando nuevas esperanzas sobre la reconstitución de su salud, al leer en letra clara y segura, en la dirección de cubierta del paquete postal. En la última carta que me escribió en el mes de febrero último, el ilustre escritor confiaba todavía en su curación «Tanto los médicos de aquí (la carta era escrita en Santander) como los de Madrid—decía—asegu-

ran que no es cosa de importancia lo que tengo, y que no hay lesión ni complicación alguna—pero lo cierto es que la hidropesía no acaba de curarse.—Lo único que me distrae y me hace sobreponerme á la dolencia física, y es el trabajo intelectual, para el que me siento cada vez mas ágil. Los «Heterodoxos» (tomo I) están acabados, y tanto este tomo el primero de la poesía americana se repartirán á principios del mes que viene »

Como se ve; el gran Maestro ha muerto de la misma manera que ha vivido: trabajando siempre, consagrado con una vocación superior é irresistible al estudio, al cual ha sacrificado su salud y el bienestar material de una posición relativamente independiente. Nada lo demuestra tanto, después de sus propias palabras citadas, como una carta que en el mes de Marzo recibí de mi querido amigo de Santander, el ilustrado escritor y crítico D. José R. Lomba, amigo y discípulo de Menéndez y Pelayo. Desconfiado y temeroso respecto del verdadero estado de su salud le pedí á Lomba una sincera información. El desengaño fué cruel. Pero la carta es tan sugestiva, muestra tan al vivo el estado físico y moral del Maestro, que no puedo resistir á traducir las impresiones principales.

«Yo no comprendo que pueda ser leve una causa de desnutrición, demacración y avejentamiento, tan rápidos y tan extremos. ¿Usted no le ha visto desde hace un año? En tal caso, no tiene V. una idea de sus aspectos. Es la pavesa de Marcelino... Necesitaría descanso y esa medicina ¡cualquiera se la hace tomar á Marcelino! Trabaja más desahoradamente que nunca. Ayer le ví yó (el primero de marzo). Estaba en la cama, de donde no había salido en unos días y tenía delante, en dos mesas, grandes montones de libros y de papeles. Estaba anotando las erratas del primer tomo de los «Heterodoxos», que tiene ya terminado y corrigiendo las pruebas de su primer tomo de su «Historia de la literatura hispano-americana». Me explicó sus planes, lleno de animación y de buen humor, sin contar para nada con su enfermedad, todo indignado de la alharaca de los periódicos, que le parecía injustificable. Pero allí se apreciaban mejor que en otra parte los estragos que en organismo va haciendo el mal que le consume.»

Menéndez Pelayo no ha muerto viejo. El 1.º de noviembre de este año habría cumplido los 56 años. Si hubiese alcanzado la avanzada edad de muchos grandes escritores de la humanidad, su producción hubiera sido enorme, formidable. Así y todo, el mundo intelectual que ha brotado de su pluma no parece hijo de un solo esfuerzo humano. Casi hay que creer en un milagro para que uno pueda explicárselo. Desde este punto de vista solo es comparable á los grandes polígrafos ó á las inteligencias más supremas y excelsas que Dios envía de vez en cuando á la tierra para mostrar su poder infinito en la humana criatura. Con él parece que una parte considerable de la inteligencia humana se haya extinguido, hasta que vuelva á brillar otro faro luminoso de igual potencia. No es una gloria de España ni de una época determinada, sino de la humanidad entera: y nos ha de caer una cierta manera de orgullo á los que nos ha tocado la suerte de haber nacido en su tiempo, y de haberlo escuchado y mirado cara á cara. En España ha sido el maravilloso apóstol de toda la cultura intelectual verdaderamente

humanista, en el sentido más ancho de esta palabra, como uno de los grandes hombres del Renacimiento, desde hace más de treinta años, y de él hemos sido discípulos directos é indirectamente cuantos desde la aparición de sus magistrales obras «La ciencia española», «Los Heterodoxos españoles», «Historia de las ideas estéticas», «Antología de poetas líricos castellanos», para no citar más que las columnas maravillosas y fundamentales de su inmensa enciclopedia, hemos trabajado y seguimos trabajando en el campo de la crítica, de la erudición y de las letras. Yo he tenido la suerte de ser el primero de ellas en las aulas universitarias de esta ciudad, en los años de 1872 y 1873, que fueron los dos en que hizo continua permanencia. En ellas, al mismo tiempo que nacía la estrecha y honda amistad que nos ha unido durante cuarenta y un años, se puede decir que él, más aun que mis venerados maestros, formó mi inteligencia, y hoy con el corazón lleno de dolor y de añoranza, bendigo á Dios por haberme concedido la fortuna inestimable de habérmelo hecho en-

contrar en el camino de mi obscura existencia. Con él se ha puesto para mí el sol más esplendoroso que lo iluminaba y se ha borrado de súbito el camino más seguro y recto, que me guiaba en la investigación de la ciencia.

Acabo de recibir en este momento una dulce carta de pésame, de un buen amigo del corazón: el P. Ruperto de Manresa, que me ha traído acentos de exaltación y de esperanza. Con ellos acabaré esias incoherentes cuartillas, más de una vez interrumpidas por mis negocios profesionales, porque dan á la majestuosa figura de Menéndez Pelayo, tan austera y bondadosa en el ocaso de su existencia, el justo relieve de gran sabio y de fervoroso creyente: «El ser sabio es también una gran virtud, y ser un gran sabio creyente es ser un santo. ¡El, ahora, es grande! El dolor es nuestro, es para toda España, es para toda la humanidad.»

A. RUBIÓ Y LLUCH

(De *La Veu de Catalunya*.— Traducción de L. R.)

Menéndez y Pelayo

y sus «Obras completas»

Todos los ensayos ó intentos de europeización que por parte de las selecciones intelectuales de nuestra sociedad se han llevado á cabo dentro del dominio de la cultura ibérica, no han sido tan francos ni decididos que no hayan acompañado de ciertas dudas y vacilaciones. Estas dudas y estas vacilaciones han tenido en los últimos tiempos su cabal expresión en toda una literatura que podríamos calificar de auto-examen y auto-crítica, en un conjunto de ensayos para desentrañar el yo más hondo de la raza y pesar y calcular sus grados de adaptabilidad al espíritu y al organismo de la cultura europea. Este movimiento, reflejo espontáneo del recelo y desconfianza del alma ibérica ante toda actitud de absorción dentro de lo europeo, ha sido fielmente, intensamente reflejado por algunos espíritus superiores que han levantado su voz de alerta en distintos puntos de la península. Recordemos solamente á Ganivet, á nuestro Maragall, á Unamuno, hombres de aquellos que, á su talento superior, unen además una sensibilidad espiritual, afinadísima, capaz de llegar á percibir las más leves y profundas vibraciones del alma popular.

Dejando aparte sus exageraciones y paradojas que muchas veces tienen puramente un valor de intensidad expresiva, la enseñanza de estos hombres nos ha hecho ver en el fondo del alma ibérica algo eminente mente irreductible, un elemento simple absolutamente insoluble en las aguas de la cultura europea; y no sólo eso: nos ha hecho ver, por más que no han acertado aún á definirlo, el nervio oculto de nuestra cultura indígena, de la única cultura posible desde el momento que á esta palabra, tan torcidamente interpretada por la mayoría, se

le da su recto sentido, el sentido que le dió Herder, su inventor, esto es: revelación de la personalidad espiritual de un pueblo, ó de un individuo. Y este valor original de nuestra cultura ó de nuestras culturas ibéricas, no sólo da un sello original, inconfundible á nuestras costumbres, á nuestras lenguas, á nuestro sentido religioso, á nuestro arte y á nuestra literatura, sino que, además, presta un matiz personal á nuestra más alta especulación mental, á nuestra ciencia, á nuestra erudición, á nuestra crítica. No solo se revela la cultura ibérica en el contraste de un Goya ó de un Velázquez, con los otros maestros de la pintura europea; de un Calderón, ó de un Verdaguer, ó de un Guerra Junqueiro con los primates de la poesía de los otros pueblos. El contraste se presenta con la misma viveza y tiene exactamente el mismo valor cuando confrontamos á un Menéndez Pelayo con un Gastón París ó con cualquiera de los grandes romanistas alemanes.

¿En qué consiste esta esencial diferencia, cuando de erudición y crítica literaria se trata? Creemos que en el fondo consiste en lo mismo que separa tan profundamente á nuestros poetas y á nuestros artistas de los del resto de Europa. Hay en el fondo de la mentalidad ibérica, sea el que sea el dominio de su actividad, algo de adivinación, algo esencialmente intuitivo, un elemento dinámico, digámoslo así, que no procede por raciocinio ni llega á la conclusión por las premisas, sino saltando por encima de ellas: un proceso por saltos, un instinto enorme y podríamos decir monstruoso que ahoga lo puramente racional. Por esto en España las erudiciones gigantescas como la de Menéndez Pelayo hacen más bien el efecto de cosa ingénita que de cosa adquirida. No sólo es el poeta el que *nace* entre nosotros, es también el sabio y el erudito. Y nada más opuesto al carácter de la ciencia ibérica que

(*) Artículo escrito pocos días antes de la muerte de Menéndez y Pelayo y publicado en *La Vanguardia* del día 19 de mayo.

aquella máxima de Buffon: «el Genio es la paciencia.»

Pasan ahora por mi memoria las siluetas de distintas personalidades ilustres de la Filología románica y de la Historia literaria que he tenido ocasión de conocer personalmente ó por sus obras en mi estancia en Alemania. Siluetas venerandas de ancianos encorvados bajo el peso de su saber, llevando impresas en sus ojos y en toda su figura las huellas de un trabajo titánico, los tormentos de un método torturador é implacable, el doloroso esfuerzo cotidiano de las vigiliadas impuestas por una disciplina férrea: hijos del Trabajo, el dios supremo en las razas germánicas hoy dominadoras del mundo. No hace mucho que leía en un fuerte pensador alemán estas frases que hacen ver todo el abismo que nos separa de aquellas gentes: «Facultades? Quién no las tiene? Talento?... Juguete para los niños. Únicamente la gravedad hace al hombre; únicamente la aplicación produce el genio.»

Y al apartar los ojos de esas siluetas trágicas, de esos Sísifos infatigables empujando sin cesar montaña arriba el bloque de su saber enorme, me serena el espíritu reposar la vista en el retrato de nuestro Menéndez Pelayo que precede el primer tomo de sus *Obras Completas*. Sus ojos que tantos secretos de la antigua alma ibérica han descubierto al través de polvorientos infolios y pergaminos, tienen una limpidez, una luminosidad, una serenidad dignas de los de un poeta. Su expresión y su actitud son las de un hombre á quien no embaraza el peso que lleva por enorme que sea; y tras la barba venerable se insinúa la leve sonrisa beatífica de un privilegiado de los dioses.

Esto son en el fondo Menéndez Pelayo y todos los más altos representantes de la ciencia ibérica: privilegiados de los dioses. La adoración á lo ingénito, á la intuición innata, al privilegio de la naturaleza, ha sido siempre una de las notas distintivas de la cultura heleno-latina en contraposición á la adoración exclusiva que al Esfuerzo han profesado los bárbaros del Norte. La tierra ibérica ha heredado por completo la tradición mediterránea en este punto. Nada más opuesto al divino Aquiles, al guerrero invulnerable por un privilegio especial de los dioses, que el Robinson sajón desamparado y luchando solo contra los elementos. La adoración al Talento, esta palabra que no pueden comprender los germánicos, al Talento, como pura expresión de un privilegio de la naturaleza, he aquí uno de los cultos de la raza ibérica que ve en él, no un juguete para los niños, como piensan los bárbaros civilizados del Norte, sino un don del cielo, un privilegio de los dioses. No es tampoco la aplicación la que hace el genio; es el genio mismo, es decir, un cierto innato *quid divinum* lo que únicamente hace el Genio. Tal es el *credo* de la raza, que no tratamos aquí de discutir.

La figura de Menéndez Pelayo con su multiforme erudición, con su ilimitada actividad, con lo prodigioso y gigantismo de su conocimiento de las fuentes de la espiritualidad ibérica, es una expresión viva de este *credo*; porque por enorme que aparezca su trabajo y por tenaz que sea su aplicación, no es esto lo primordial que en él admiramos; es su talento, es su intuición, son sus facultades, ya reveladas de sencillo estudiante en las aulas universitarias, y que pasan cien codos por encima de su esfuerzo. Menéndez Pelayo confirma una vez más que entre nos-

otros la ciencia y la erudición tendrán siempre un carácter de revelación ó de expresión de una individualidad: un valor subjetivo, como puede tenerlo el arte y la poesía, y que no podrá conciliarse de una manera completa con el carácter y valor objetivo é impersonal que exige la ciencia europea. Algo es esto que no puede formularse en palabras precisas porque toca á la misma entraña de nuestra espiritualidad de raza.

Recuerdo que Jaime I, en su *Crónica* cuenta en un pasaje que, estando en una población del reino de Valencia, los nobles que le acompañan le observan que nada podrán hacer sin poder disponer de máquinas de guerra, á lo que el rey responde que tiene á su disposición lo que desean. El rey, en secreto y con la previsión que le caracterizaba, había hecho embarcar previamente dos *fenévolts* en una nave. Los caballeros le dijeron sonriendo que parecía que hubiese adivinado lo que habría de venir. Y el rey observó graciosamente: «*Més val qui ho devina que qui ho cerca*».

¿No constituyen estas ingenuas palabras el lema de la intelectualidad ibérica? Sí: «más vale quien adivina que quien busca», parece empeñarse en repetir cada figura eminente que sale de entre nuestras filas ante la ciencia europea que hace tiempo repite todo lo contrario: *Más vale quien busca que quien adivina*. ¿Quién tiene razón? Nosotros creemos que en lo concerniente á cultura todo es cuestión de intensidad más que de cualidad. El día que el valor ingénito de la cultura ibérica tuviese un cultivo hondo é intenso y consciente, llegaría á tener una trascendencia mundial, una actitud agresiva y una aspiración imperialista y absorbente en que ahora es imposible soñar. La fase de la cultura europea actual, determinada por el predominio de los bárbaros civilizados del Norte, es transitoria como todas las fases de la Historia y no está destinada á durar eternamente. Mientras tanto, bueno es que no cejemos en cultivar «el jardín de nuestra Berenice», eso es, el jardín de nuestra cultura ingénita y tener calma y serenidad y un gran sentimiento de dignidad y de confianza en nosotros mismos, haciendo objeto de nuestro culto ferviente á los hombres que como Menéndez Pelayo tan hondo llevan marcado el sello de esa cultura indígena.

Con las consideraciones que anteceden, sea cual fuere su valor, he querido aportar mi modesto homenaje al crítico ilustre de las letras hispanas con ocasión de la aparición del primer volumen de sus *Obras completas*. Hermosa confirmación de todo lo que llevamos dicho más arriba es este volumen que contiene en forma de Prolegómenos á la *Historia de los Heterodoxos españoles* una revisión crítica, rebotante de erudición y buen sentido, de todo cuanto se ha escrito sobre la prehistoria y la historia primitiva de la civilización ibérica. Constituye una sorpresa sin precedentes la que nos ha dado el eximio maestro con este salto prodigioso que su erudición acaba de dar dentro del intrincado y obscuro dominio de la prehistoria ibérica, escudriñando todos sus aspectos mitológicos, lingüísticos, arqueológicos, étnicos, aportando un enorme caudal bibliográfico, demostrando la lozanía y la juventud de su claro entendimiento, y la flexibilidad portentosa de su erudición. Ante una fuerza intelectual tan prodigiosa, no cabe pedir el secreto de su método, ni preocuparse por la tenacidad de su disciplina, ni medir la intensidad del esfuerzo; cabe solamente inclinarse sobrecogido como ante el espectáculo de una fuerza de la naturaleza haciendo erupción por donde menos se esperaba y dejando en el mar sólidamente asentada una nueva isla rica y frondosa. Hombres como Menéndez Pelayo hacen más bien el efecto de magos que de trabajadores infatigables. Cumplen á la perfección sus arduas empresas con el rostro sonriente y la actitud desembarazada de un caudillo hispánico entrando en la lid amparado por el escudo y la lanza de Minerva.

MANUEL DE MONTOLIU

(De *La Vanguardia*)



Menéndez y Pelayo

como crítico literario

Ramón Lull y Ausias March

¿Y á quién extrañará que enfrente de toda esta literatura franciscana, cuyo más ilustre representante solía llorar *porque no se ama al amor*, pongamos, sin recelo de quedar vencidos, el nombre del peregrino mallorquín que compuso el libro *Del Amigo y del Amado*? ¿Cuándo llegará el día en que alguien escriba las vidas de nuestros poetas franciscanos con tanto primor y delicadeza como de los de Italia escribió Ozanam! Qué dese para el afortunado ingenio que haya de trazar esa obra, tejer digna corona de poeta y de novelista, como ya la tiene de sabio y de filósofo, al iluminado doctor y

mártir de Cristo, Ramón Lull, hombre en quien se hizo carne y sangre el espíritu aventurero, teosófico y visionario del siglo XIV, juntamente con el saber enciclopédico del siglo XIII. En el beato mallorquín artista de vocación ingenua y nativa, la teología, la filosofía, la contemplación y la vida activa se confunden y unifican, y todas las especulaciones y ensueños armónicos de su mente toman forma plástica viva, y se traducen en viajes, en peregrinaciones, en proyectos de cruzada, en novelas ascéticas, en himnos fervorosos, en símbolos y alegorías, en combinaciones cabalísticas en árboles y círculos concéntricos, y representaciones gráficas de su doctrina, par-

que penetrara por los ojos de las muehedumbres, al mismo tiempo que por sus oídos, en la monótona cantilena de la *Lógica metrificada* y de la *Aplicació de l'art general*. Es el escolástico popular, el primero que hace servir la lengua del vulgo para la ideas puras y las abstracciones, el que separa de la lengua provenzal la catalana, y la bautiza desde sus orígenes, haciéndola grave, austera y religiosa, casi inmune de las eróticas liviandades y de las desolladoras sátiras de su hermana mayor, ahogada ya para entonces en la sangre de los albigenses. Ramón Lull fué místico, teórico y práctico, asceta y contemplativo, desde que en medio de los devaneos de su juventud le circundó de improviso, como al antiguo Saulo, la luz del cielo; pero la flor de su misticismo no hemos de buscarla en sus *Obras rimadas* (1), que, fuera de algunas de índole elegíaca, como el *Plant de nostra dona Santa María*, son casi todas (inclusa la mayor parte del *Desconort*) exposiciones populares de aquella su teodicea racional, objeto de tan encontrados pareceres y censuras, exaltada por unos como revelación de lo alto, y tachada por otros punto menos que de herética, por el empeño de demostrar con razones naturales todos los dogmas cristianos, hasta la Trinidad y la Encarnación, todo con el santo propósito de resolver la antinomia de fe y razón, bandera de la impiedad averroista, y de preparar la conversión de judíos y musulmanes; empresa santa que toda su vida halagó las esperanzas del bienaventurado mártir.

La verdadera mística de Ramón Lull se encierra en una obra escrita en prosa, aunque poética en la sustancia: el *Cántico del Amigo y del Amado*, que forma parte de la extraña novela utópica intitulada *Blanquerna*, donde el iluminado doctor desarrolla su ideal de perfección cristiana en los estados de matrimonio, religión, prelación, pontificado y vida eremítica; obra de hechura ingenuidad y espejo fiel de la sociedad catalana del tiempo. El *Cántico* está en forma de diálogo, tejido de ejemplos y parábolas, tantos en número como días tiene el año, y su conjunto forma un verdadero *Arte de contemplación*. Enseña Raimundo que «las sendas por donde el Amigo busca á su Amado son largas y peligrosas, llenas de consideraciones, suspiros y llantos, pero iluminadas de amor.» Parécenle largos estos destierros, durísimas estas prisiones. «¿Cuándo llegará la hora en que el agua, que acostumbra correr hacia abajo, tome la inclinación y costumbre de ir hacia arriba?» Entre temor y esperanza hace su morada el varón de deseos, vive por pensamientos y muere por el olvido; y para él es bienaventuranza la tribulación padecida por amor. El entendimiento llega antes que la voluntad á la presencia del Amado, aunque corran los dos como en certamen. Más viva cosa es el amor en corazón amante que el relámpago y el trueno, y más que el viento que hunde las naos en la mar. Tan cerca del Amado está el suspiro, como de la nieve el candor. Los pájaros del verjel, cantando al alba, dan al solitario entendimiento de amor, y al acabar los pájaros su canto, defallece de amores el Amigo, y este defallecimiento es mayor deleite é inefable dulzura. Por los montes y las selvas busca á su

ROYAL

Rambá Estudios, núm. 8

Todas las tardes Té - concierto

(FIVE O'CLOCK TEA. TZIGANES)

Souper-concert á la salida de los teatros

RESTAURANT

Menú desde 5 pesetas

El Salón más elegante de Barcelona para banquetes y lunches

amor; á los que van por los caminos pregunta por él, y cava en las entrañas de la tierra por hallarle, ya que en la sobrehoz no hay ni vislumbre de devoción. Como mezcla de vino y agua se mezclan sus amores, más inseparables que la claridad y el resplandor, más que la esencia y el ser. La semilla de este amor está en todas las almas: ¡desdichado del que rompe el vaso precioso y derrama el aroma! Corre el Amigo por las calles de la ciudad, preguntándole las gentes si ha perdido el seso, y él responde que puso en manos del Señor su voluntad y entendimiento, reservando sólo la memoria para acordarse de Él. El viento que mueve las hojas le trae olor de obediencia; en las criaturas ve impresas las huellas del Amado; todo se anima y habla y responde á la interrogación del amor; amor, como le define el poeta, «claro, limpio y sutil, sencillo y fuerte, hermoso y espléndido, rico en nuevos pensamientos y en antiguos recuerdos»; ó como en otra parte dice con frase no menos galana: «Hervor de osadía y de temor.» «Venid á mi corazón (prosigue) los amantes que queréis fuego, y encended en él vuestras lámparas: venid á tomar agua á la fuente de mis ojos, porque yo en amor nací, y amor me crió, y de amor vengo, y en el amor habito.» La naturaleza de este amor místico nadie la ha definido tan profundamente como el mismo Ramón Lull, cuando dijo que «era medio entre creencia é inteligencia, entre fe y ciencia.» En su grado extático y sublime, el Amigo y el Amado se hacen una actualidad en esencia, quedando á la vez *distintos* y *concordantes*. ¡Extraño y divino erotismo, en que las hermosuras y excelencias del Amado se congregan en el corazón del Amigo, sin que la personalidad de éste se aniquile y destruya, porque sólo los junta y traba en uno *la voluntad vigorosa, infinita y eterna del Amado!* ¡Admirable poseía, que junta como en un haz de mirra la pura esencia de cuanto especularon sabios y poetas de la Edad Media sobre el amor divino y el amor humano, y realiza y santifica hasta las reminiscencias provenzales de canciones de Mayo y de alborada, verjeles y pájaros cantores, casando por extraña manera á Giraldo de Borneil con Hugo de San Victor (1).

No os parezcan profanación, Señores, si

(1) El *Blanquerna* se imprimió por la primera y única vez en Valencia, por Mosén Juan Bonlabii (que lastimosamente modernizó el texto), en 1511; edición rarísima. Yo poseo (y me he valido de) la traducción castellana impresa en Mallorca (1719) por la viuda de Frau (*Blanquerna, maestro de la perfección...*, etc.), que también escasea mucho. El traductor es anónimo. Morel Fatio, en el tomo VI de la *Romania*, ha dado noticias y extractos de un antiguo código catalán, que difiere no poco del texto impreso en Valencia.

después del nombre de Lulio, á quien el pueblo mallorquín venera en los altares, traigo el nombre de un poeta erótico, posterior en más de un siglo, y que comparte con él la mayor gloria de la literatura catalana. Lejos de mí la profana mezcla de amores humanos y divinos, de que no debe vestirse ningún cristiano entendimiento; pero fuera soberana injusticia hablar de Ausias March con la misma ligereza que de cualquier otro cantor de finezas y desvíos. Y por otra parte, el amor encendido, apasionado y vehemente á la criatura, el amor en grado heroico, aun cuando vaya errado en su objeto, no puede albergarse en espíritus mezquinos y vulgares, sino en almas nacidas para la contemplación y el fervor místico. El mismo Ramón Lull, que tan altamente especuló del amor divino, es el que cuando mozo, se abrasaba en las llamas de la pasión mundana y del deseo, hasta penetrar á caballo, en seguimiento de su dama, por la iglesia de Santa Eulalia; el mismo á quien Dios llamó á penitencia, mostrándole roído por un cáncer el pecho de Ambrosia la genovesa.

Nada de legendario y fantástico en la biografía de Ausias March. Es toda ella tan sencilla y prosaica, que los que se han detenido en la certeza de sus versos, sin penetrar el íntimo sentido, han juzgado mera convención poética sus amores, y hasta fantástica la dama, ó han creído, como Diego de Fuentes, que al celebrarla no quiso el poeta sino «mostrar con más levantado estilo la fuerza y licor de sus versos.» Opinión absurda, porque además de constar en los biógrafos, y hasta en un pasaje algo embozado del mismo Ausias, el verdadero nombre de la ilustre dama que él suele llamar *lirio entre cardos*, ¿quién no siente, bajo la ceniza árida y escolástica de los *Cantos de amor*, el rescoldo de una pasión verdadera y profunda? Sino que Ausias, con ser imitador del Petrarca en algunos pormenores, é imitador á su modo, es decir, áspera y crudamente, no se parece al mismo Petrarca, ni á ningún elegíaco del mundo, en la manera de sentir y expresar el amor. Se le encuentra á la primera lectura monótono, duro frío, pobrísimo de imágenes; pero, vencido este primer disgusto pocas personalidades líricas hay tan dignas de estudio. Si existe un poeta verdaderamente psicológico, es decir, que no haya visto en el mundo más que las soledades de su alma, Ausias lo es, y en el análisis de sus afectos, pone fuerza y lucidez maravillosas. La poesía del Petrarca parece insustancial devaneo al lado de esta disección sutil é implacable de las fibras del alma. Llega á olvidarse uno del amor y de la dama, y á ver sólo el corazón

(1) Las ha coleccionado (con algunas apócrifas: D. Jerónimo Boselló en un grueso volumen. (Palma, 1859, imprenta de Gelabert.)

del poeta, materia del experimento. Ausías no se cuida del mundo exterior, y cuando quiere decirnos algo de él, parece torpe y desgarrado: pero el mundo del espíritu le pertenece, y en él sabe describir hasta los átomos impalpables. Decir que Ausías descende de la poesía italiana, de Dante y de Petrarca, es decir una vulgaridad, que puede inducir á error, hasta por lo que tiene de cierta. En lo sustancial, en lo que da carácter propio á un poeta, Ausías no descende de nadie, sino de sí mismo y de la filosofía escolástica, de que es discípulo fervoroso. Sus cantos pueden reducirse á forma silogística, y de ellos extraerse una psicología y una estética, y un tratado de las pasiones. Ese es

El oro fino y extremado

En sus profundas venas escondido,

que dijo Jorge de Montemayor; y por eso nuestros antiguos (y entre ellos el maestro de Cervantes) tuvieron á Ausías por filósofo tanto ó más que poeta. Y si del Petrarca dijo Hugo Fóscolo y han repetido tantos:

*Che amore in Grecia nudo, nudo in Roma,
D'un velo candidissimo adornado,
Rendea nel grembo á Venere celeste,*

de nuestro valenciano podemos decir, no sólo que arrojó al amor con todo género de cándidos cendales, hasta el punto de no describir nunca, ni por semejas, la peregrina hermosura de su dama, sino que le hizo sонтarse en los bancos de la escuela de Santo Tomás y de Escoto, y aprender de coro muchas cuestiones de la *Summa*, como el mejor discípulo de la Sorbona.

He dicho que los versos de Ausías constituyen, reunidos, una filosofía del amor y de la hermosa, que, á no estar dirigida á belleza terrena, merecería ser aquí largamente analizada. Ausías tenía grandes condiciones de poeta místico; pero se quedó en el camino, distraído por el amor humano, y en los *Cantos de muerte* y en el *Canto Espiritual* apenas pasó de ascético y moralista.

(Estudio sobre la Poesía Mística)

la una y empírica la otra, o (para llamarlas con sus nombres posteriores) cartesiana y baconiana, que en la filosofía de Luis Vives advirtió Lange, y cuantos han llegado á conocerla, ha introducido cierta confusión en los juicios formulados acerca de su doctrina é influencia filosófica, contribuyendo á aumentarla ciertas frases de sabor aparentemente platónico, y otras evidentemente escépticas. La clave de todo ello sólo puede encontrarse en la teoría del conocimiento que el filósofo valenciano profesaba, y á la cual vienen á parar como á su centro lo mismo su doctrina de la experimentación, que sus ideas acerca de la «*tacita cognitio*» ó «*experientia cujuslibet intra se ipsum*». Ahora bien: leídas, concordadas y meditadas sus obras filosóficas, creo haber llegado á una conclusión clara y decisiva en este punto. Luis Vives admite y recomienda la observación externa, y la observación interna, mas en todo lo que se levanta sobre los límites de la observación es un *probabilista* semejante á Arcesilao y á Carneades, ó digámoslo más claro, es un Kantiano en profecía. Pero aunque todas las tendencias de su espíritu le lleven á conclusiones análogas á las de la *Crítica de la Razon Pura*, otros impulsos no menos enérgicos en aquel espíritu tan bien equilibrado y tan enemigo de toda exageración: su fe religiosa, que era no sólo acendrada, sino ardentísima, y su respeto á las creencias universales del género humano, le hacen salvar el abismo crítico mediante una teoría de la conciencia, análoga á la profesada por la escuela escocesa. En suma, Luis Vives es un Kantiano mitigado, una especie de William Hamilton, el filósofo más parecido á él entre todos los modernos.

(Ensayos de Crítica filosófica)

Menéndez y Pelayo

como crítico filosófico

Luis Vives

Sería vano y temerario empeño querer encerrar en el breve marco de este discurso la gigantesca figura del gran polígrafo de Valencia. Dos ó tres nombres hay que compiten con el suyo en la historia de la ciencia española: no hay ninguno que le supere. Es el gran pedagogo del Renacimiento, el escritor más completo y enciclopédico de aquella época portentosa, el reformador de los métodos, el instaurador de las disciplinas. El dió el último y definitivo asalto á la barbarie en su propio alcázar de la Sorbona: en él comienza la escuela moderna. El restableció el alto concepto de la enciclopedia filosófica, perdido y casi olvidado entre las cavilaciones sofísticas del nominalismo decadente. El reconcilió la elegancia de las letras humanas con la gravedad del pensamiento filosófico. En una época abierta á todo género de temeridades, profesó y practicó constantemente el gran principio de la sobriedad y parsimonia científica, el *ars nesciendi*. Su admirable estilo filosófico, bruñido, castamente adornado, varonil y recio unas veces, otras suave y persuasivo, libre de empalagosas ampliaciones, suelto en su andar y en su estructura (muy al revés de la enfadosa afectación de los ciceronianos de Italia), fué espejo diáfano de aquel pensamiento suyo tan poderoso en su moderación, tan equilibrado en sus mayores audacias, tan luminoso é insinuante. Rodeado de eruditos que filosofaban sin grande originalidad y confundían sus reminiscencias clásicas con cierto vago espíritu de innovación,

creyéndose emancipados con sustituir la autoridad de Plotino á la de Aristóteles, invocó el testimonio de la razón y no el de los antiguos, y formuló por primera vez los cánones de la ciencia experimental. Precursor de Bacon se le ha llamado, y lo es sin ninguna duda, así en lo que toca á la reforma de los métodos, como en la importancia que concedió al de inducción, «*animadverso, quantum possit, naturæ artificio, et ad experimenta adjuncto pro norma*». Pero lo es, sin el exclusivismo de Bacon, sin odio ni desdén hacia la Metafísica, y con tanto amor y respeto á la observación interna como á la externa. Por eso ha dicho con razón Lange, en su eruditísima *Historia del Materialismo*, que Luis Vives, «el mayor reformador de la filosofía de su época», debe ser mirado á un tiempo como precursor de Bacon y como precursor de Descartes, puesto que si por un lado, en lo tocante al estudio de las ciencias físicas, aconseja a los verdaderos discípulos de Aristóteles que salgan de entre el polvo de los libros y consulten á la naturaleza en sí misma, como hacían los antiguos, sin fiarse de una tradición ciega ni de hipótesis sutiles, sino estudiándola directamente por vía de experimentación; encarece también, con no menos brío y con estricta lógica, harto olvidada por los puros experimentalistas, la aplicación del mismo método de observación y de experiencia á los fenómenos del mundo interno: *Consideratio autem mentis opes scrutatur et mentem quasi in se ipsam reflectit ut recognoscat quid contineat, quale, quantumque sit*.

Esta dualidad de tendencias, psicológica

Menéndez y Pelayo

como poeta

En Roma

Y nada respetó la edad avara...
Ni regio pueblo, ni sagradas leyes!...
En paz yacieron extranjerías greyes
Do la voz del tribuno resonara.
No ya del triunfador por gloria rara
Siguen al carro domeñados reyes,
Ni del Clitumno los hermosos bueyes
En la pompa triunfal marchan al ara.
Como nubes, cual sombras, como naves,
Pasaron ley, ejércitos, grandeza...
Sólo una cruz se alzó sobre tal ruina.
Dime tú, ¡oh cruz! que sus destinos sabes:
¿Será de Roma la futura alteza
Humana gloria ó majestad divina?

Roma, Enero de 1877.

A la memoria del eminente poeta catalán
D. Manuel Cabanyes

(Fragmento)

Feliz quien nunca en la inviolada lira
Al poder tributó venal incienso,

CHAMPAGNE NOYET

—Premiat en totes les exposicions á que ha concorregut—

Cavas "Els Pujols"

Comarca del Panadés

Ni elevó al solio de opresores viles
Su profanado canto!

¡Hélade antigua! generosas sombras,
Píndaro, Homero, Sófoeles, Esquilo,
Que nunca infieles de la Urania Venus
Fuísteis al puro culto:

Abrid del templo las doradas puertas:
¡Paso al fuerte mancebo laletano,
Que en sus hombros la túnica del genio
Ostenta no manchada!

¡Dulce Cabanyes! En humilde tumba
Cubre tus restos el materno suelo:
Sobre ella vela el numen de la lira...
El de la gloria duerme.

De la región etérea donde moras,
Propicio acoge mi modesta ofrenda:
Para cantarte, de tu lumbre un rayo
Vierte sobre mi frente!

Tú la belleza con afán buscaste,
Como á los griegos se mostró y latinos,
Reina de sí la soberana idea,
Reina del Pario mármol.

Ella tu esposa fué, casta y desnuda,
Y brotó de su seno fecundado
Por tu abrazo viril, la forma indócil
Luchando por la vida.

Libre como tu espíritu tu Musa
Rima desdeña y números sonoros:
Campo le diste que á extender bastara
Su altivo pensamiento.

Áureos tus versos son: su eco robusto
Vigor inspira, varonil grandeza:
Dignos de edad más fuerte y generosa
Que la nuestra menguada.

Llegó á tu mente un rayo de aquel fuego
Que iluminó los pórticos de Atenas,
Como llegó al cantor de la Cautiva,
A Andrés Chenier divino.

Joven moriste... Apenas á la vida
Se abrieron ¡ay! tus penetrantes ojos:
Joven sucumbe el que los Dioses aman.
¡Triste ley de los hados!

Hoy, mientras ciñen profanados lauros
Frentes vulgares, tu memoria muere:
¡Oh si en tu honor mi canto más durara
Que mármoles y bronce!

Menéndez y Pelayo

como traductor clásico

Canto secular de Horacio

Phebe, sylvarumque potens Diana...

Oh siempre honrados y honorandos, Febo,
Y tú, Diana, que en los bosques reinas,
Lumbres del cielo, en estos sacros días
Gratos oidnos!

¡Hoy que, al mandato sibilino fieles,
Virgenes cantan y selectos niños
A las Deidades que los siete montes
Miran propicias;

Sol que conduces en fulgente carro,
Vario y el mismo. sin cesar, el día,
Nada mayor que la romana gloria
Miren tus ojos!

¡A las matronas en el parto agudo,
Iltia diestra, con amor protege,
El nombre ya de Genital prefiere,
Ya el de Lucina!

Su prole aumenta, y el decreto afirma
Que á la doncella y al varón enlaza,
Y haz que germine de la ley fecunda
Nueva progenie:

Para que tornen, fenecido el siglo,
Alegres juegos y festivos cantos,
Por veces tres en la callada noche,
Tres en el día.

Vosotras, Parcas, que en feliz augurio
Nunciáis al mundo los estables hados,
Juntad propicias á los ya adquiridos
Bienes mayores.

Rica la tierra de ganado y frutos
A Ceres orne de preñada espiga:
Nutran las crías transparentes aguas,
Auras de Jove.

Piadoso atiende á los orantes niños;
Esconde, Apolo, en el carcaj la flecha:
De las doncellas el clamor escucha,
Reina bicorne:

Si es obra vuestra la potente Roma,
Si por vosotros se salvó el Troyano,
Para fundar en la ribera Etrusca
Nuevas ciudades:

Si entre las ruinas del Ilión ardido,
Sobreviviendo á la asolada patria,
De nueva gloria señalara Eneas
Libre camino:

Al dócil joven conceded virtudes,
Dad al anciano plácido sosiego,
Gloria y honor á la Romúlea gente,
Prole y riquezas.

Y el que cien bueyes os inmola blancos,
Claro de Anquises y de Venus nieto,

Clemente rija y poderoso el mundo
Antes domado.

En mar y tierras su poder extiende;
El Medo tiembla á la segur Albana,
Y paz el Indio domeñado pide,
Paz el Scita.

Que fe y honor y castidad retornan,
Y la virtud que de la tierra huyera,
Y la abundancia que del cuerno opimo
Bienes derrama.

Si Febo augur, el de sonante aljaba,
Gloria y amor de las Camenas nueve,
El que con arte saludable cura
Larga dolencia,

Mira propicio el Palatino alcázar,
Dilate el linde del poder romano,
Y en nuevos lustros la inmortal acrezca
Gloria latina.

Oiga los ruegos de varones quince
La casta Diosa que en Algido mora,
Y de los niños á los cantos preste
Facil oído.

Esto esperamos que el Saturnio otorgue.
Esto confirmen los celestes Dioses:
Tornad á casa los que ya entonásteis
Himno sagrado.

Santander, Mayo de 1876.

Una página de los "Heterodoxos"

La evolución de la Historia Eclesiástica

(De la advertencias preliminares, de la 2.^a edición:—Julio de 1910)

Bien conozco que es tarea capaz de arredrar al más intrépido la de refundir un libro de erudición escrito hace más de treinta años que han sido de renovación casi total en muchas ramas de la Historia Eclesiástica y de progreso acelerado en todas. Los cinco primeros siglos de la Iglesia han sido estudiados con una profundidad que asombra. La predicación apostólica, la historia de los dogmas, los orígenes de la liturgia cristiana, la literatura patristica, las persecuciones, los concilios, las heregias, la constitución y disciplina de la primitiva Iglesia, parecen materia nueva cuando se leen en los historiadores más recientes. La Edad Media, contemplada antes con ojos románticos, hoy con sereno y desinteresado espíritu, ofrece por sí sola riquísimo campo á una legión de operarios que rehace la historia de las instituciones á la luz de la crítica diplomática, cuyos instrumentos de trabajo han llegado á una precisión finísima. Colecciones ingentes de documentos y cartularios, de textos hagiográficos, de concilios, decretales, y epístolas pontificias, de todas las fuentes de jurisprudencia canónica, han puesto en circulación una masa abrumadora de materiales, reproducciones con todo rigor paleográfico y sabiamente comentados. Apenas hay nación que no posea ya un *Corpus* de sus escritores medioevales unos *Monumenta histórica*, una serie completa de sus crónicas, de sus leyes y costumbres; unas ó varias publicaciones de arqueología artística, en que el progreso de las artes gráficas contribuye cada día más á la fidelidad de la reproducción. Con tan magnífico aparato se ensanchan los horizontes de la historia social, co-

mienzan á disiparse las nieblas que envolvían la cuna del mundo moderno, adquieren su verdadero sentido los que antes eran solo datos de árida cronología, y la legítima rehabilitación de la Edad Media, que parecía comprometida por el entusiasmo prematuro no es ya tópico vulgar de poetas y declamadores, sino obra sólida, racional y científica de grandes eruditos, libres de toda sospecha de apasionamiento.

No es tan fácil evitarle en la Historia Moderna, puesto que los problemas que desde el Renacimiento y la Reforma comenzaron á plantearse son en el fondo idénticos á los que hoy agitan las conciencias, aunque estas se formulen en muy diverso sentido y se desenvuelvan en más vasto escenario. Pero tiene la investigación histórica, en quien honradamente la profesa, cierto poder elevado y moderador que acalla el tumulto de las pasiones hasta cuando son generosos y de noble raíz, y restableciendo en el alma la perturbada armonía, conduce por camino despejado y llano al triunfo de la verdad y de la justicia, único que debe proponerse el autor católico. No es necesario ni conveniente que su historia se llame apologética porqué el nombre la haría sospechosa. Las acciones humanas cuando son rectas y ajustadas á la ley de Dios, no necesitan apología; cuando no lo son, sería temerario é in-moral empeño el defenderlas. La materia de la historia está fuera del historiador, á quien con ningún pretexto es lícito deformarla. No es tema de argumentación escolástica ni de sutileza capciosa y abogadil, sino de psicología individual y social. La apología, ó más bien el reconocimiento de la misión alta

y divina de la Iglesia, en los destinos del género humano, brota de las entrañas de la historia misma; que cuanto más á fondo se conozca, mas claro nos dejará columbrar el fin providencial. Flaca será la fé de quien la siente vacilar leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios ha querido probar á la comunidad cristiana en el curso de las edades, para depurarla y acrisolarla: *ut qui probati sunt manifesti fiant in vobis.*

Guiados por estos principios, grandes historiadores católicos de nuestros días han escrito con admirable imparcialidad la historia del Pontificado en los siglos xv y xvi y la de los orígenes de la Reforma: y no son pocos los eruditos protestantes que al tratar de estas épocas, y aun de otras mas modernas han rectificado noblemente algunas preocupaciones muy arraigadas en sus respectivas sectas. Aún la misma crítica racionalista, que lleva implícita la negación de lo sobrenatural y es incompatible con cualquiera teología positiva; ha sido factor de extraordinaria importancia en el estudio de las antigüedades eclesiásticas, ya por las nuevas cuestiones que examina, ya por los aciertos parciales que logra en la historia externa y documental que no es patrimonio exclusivo de nadie.

Católicos, protestantes y racionalistas han trabajado simultáneamente en el grande edificio de la Historia Eclesiástica. Hijo sumiso de la Iglesia, no desconozco la distinta calificación teológica que merecen, y la prudente cautela que ha de emplearse en el manejo de las obras escritas con criterio heterodoxo. Pero no se las puede ignorar ni dejar de aprovecharlas en todo lo que contienen de ciencia positiva y así lo practican y profesan los historiadores católicos menos sospechosos de transacción con el error. Méditense por ejemplo, estas palabras del Cardenal Hergenrother en el prefacio de su Historia de la Iglesia, tan conocida y celebrada en las escuelas religiosas: «Debemos explotar y convertir en provecho propio todo lo que ha sido hecho por protestantes amigos de la verdad y familiarizarnos con el estudio de las fuentes. Sobre una multitud de cuestiones, en efecto, y á pesar del muy diverso punto de vista en que nos colocamos, no importa que el autor de un trabajo sea protestante ó católico. Hemos visto á sabios protestantes formular sobre puntos numerosos, y á veces de gran importancia, un juicio mas exacto y mejor fundado que el de ciertos escritores católicos, que eran en su tiempo teólogos de gran nombradía.

Gracias á este criterio amplio y hospitalario vuelve á recordar la erudición católica el puesto preeminente que en los siglos xvi y xvii tuvo, y que solo en apariencia pudo perder á fines del siglo xviii y á principios del xix. Hoy, como en los tiempos antiguos, el trabajo de los disidentes sirve de estímulo eficaz á la ciencia ortodoxa. Sin los centuriadores de Magdeburgo, acaso no hubiesen existido los *anales* del Cardenal Baronio, que los enterró para siempre á pesar de las *Exercitationes* de Casaubon. Desde entonces, la superioridad de los católicos en este orden de estudios fué admirablemente mantenida por los grandes trabajos de la escuela francesa del siglo xvii (Tillemont, Fleury, Natal Alejandro, los benedictinos de San Mauro), por sus dignos émulos italianos de la centuria siguiente (Ughelli, Orsi, Mansi, Muratori, Zaccaria). Pero la decadencia de los estudios serios, combatidos por el superficial enciclopedismo, y por aquella

CAMISERIA, CORBATERIA y NOVETATS

Géneros de Punt - Especialitat en Camises á mida

Plassa de Sant Jaume, 5 y Bisbe, 2 - BARCELONA

ALOY

especie de languidez espiritual que había invadido á gran parte del clero y pueblo cristiano en los días próximos á la Revolución, trajeron un innegable retroceso en los estudios teológicos y canónicos, y cuando comenzaron á renacer no fué el campo de la erudición el más asiduamente cultivado. La mayor parte de las historias eclesiásticas publicadas en la Europa meridional durante la primera mitad del siglo xix y aun más acá, no son más que compilaciones sin valor propio, cuya endeblez contrasta tristemente con los pilares macizos é inmovibles de la ciencia antigua. La falta de comprensión del espíritu cristiano, que fué característico del filosofismo francés y del doctrinarismo liberal en todos sus grados y matices, contagió a los mismos creyentes y redujo las polémicas religiosas á términos de extrema vulgaridad: grave dolencia de que no acababan de convalecer las naciones latinas.

Hora es ya de que los españoles comencemos á incorporarnos en esta corriente, enlazándolos con nuestra buena y sólida tradición del tiempo viejo, que no debemos apartar nunca de los ojos si queremos tener una cultura propia.

No faltan teólogos nimiamente escolásticos que recelen algún peligro de este gran movimiento histórico que va invadiendo hasta la enseñanza de la teología dogmática. Pero el peligro, caso que lo fuera, no es

de ahora; se remonta por lo menos á las obras clásicas de Dionisio Petavio y de Thomassino, que tuvieron digno precursor en nuestro Diego Ruiz de Montoya (1) De rudos é ignorantes calificaba Melchor Cano á los teólogos, en cuyas lucubraciones no suena la voz de la Historia. Sin la Historia eclesiástica (ha dicho Hergenroeter) no hay conocimiento completo de la ciencia cristiana, ni de la historia general que tiene en el cristianismo su centro. Si el historiador debe ser teólogo, el teólogo debe ser también historiador para poder dar cuenta del pasado de su Iglesia á quien le interrogue sobre él, ó pretenda falsearlo. La historia eclesiástica es una grande apología de la Iglesia y de sus dogmas, una prueba espléndida de su institución divina, de su belleza, siempre antigua y siempre nueva, de la Esposa de Cristo. Este estudio, cuando se profesa con gravedad y amor, trasciende benéficamente á la ciencia y á la vida, y la ilumina con sus resplandores.

(1) Además de la obra histórica de Montoya cita M. P. la de otro Padre de la compañía, el catalán Juan Bautista Gener, que «á mediados del siglo xviii proyectó y realizó el plan de una vastísima enciclopedia teológico escolástica, dogmática, positiva y moral, incluyendo en ella Concilios, herejías, escritores, monumentos sagrados y profanos, epigráficos y numismáticos, etc.»

Hay impreso el proyecto ó *Prodrómus*; y «seis volúmenes, que hoy yacen olvidados como tantos y tantos esfuerzos de aquella centuria.»

Una página de las "Ideas Estéticas"

Raimundo Sabunde

La doctrina de este amor, «puro, limpio y sutil, sencillo y fuerte, hermoso y espléndido, rico en nuevos pensamientos y en antiguos recuerdos», reaparece, no ya entre efusiones, líricas, ni envuelto en cabalísticas combinaciones de letras, sino paciente, metódica y sagazmente analizado, en la *Teología Natural* ó *Libros de las criaturas*, compuesto en el siglo xv por el barcelonés Raimundo Sabunde.

Aunque se cuenta, con razón, á Raimundo Sabunde en el número de los lulianos, porque sigue la misma dirección sintética y armónica, y toma de Lulio las pruebas naturales que intenta dar de los dogmas revelados, tiene, con todo eso, Sabunde su originalidad propia y grandísima, que consiste en el método. La ciencia de Sabunde, según anuncia su propio autor, no necesita del concurso de ninguna otra ciencia, ni presupone la lógica ni la metafísica, ni alega la autoridad de ningún doctor, aunque conduzca á la inteligencia de todos. Esta ciencia real é infalible, más que otra alguna, está fundada en la experiencia, y principalmente en la experiencia que cada cual tiene de sí mismo. La concordia, pues, del método cosmológico y del método psicológico, con vislumbres cartesianos, es el carác-

ter principal de la reforma filosófica intentada por Sabunde. Ciertamente que nos parece leer en profecía el *Discurso sobre el Método*, cuando vemos afirmar a Sabunde, que si el hombre quiere conocerse á sí mismo, es preciso que *entre en sí, y venga a sí, y habite dentro de sí*, porque de otro modo será imposible que conozca su valor, su naturaleza y su hermosura propia é intrínseca.

Hasta aquí estamos dentro del método psicológico; pero en lo que sigue. Sabunde se distingue profundamente de Descartes. Como el hombre se ignora á sí mismo y no sabe la casa que debe habitar, necesario es que las demás criaturas le lleven á su casa. Entonces es cuando finalmente entra dentro de sí, y se conoce á sí propio. Para que el hombre pueda volver á sí por el conocimiento, fué ordenada toda la diversidad de las criaturas, como camino, vía y escalera inmóvil y natural, con gradas firmes é inmóviles, por las cuales asciende el hombre á la contemplación de sí mismo.

La *Teología Natural* contiene un tratado del amor de Dios, del cual fácilmente pueden hacerse aplicaciones estéticas, por más que en el autor no parece haber despertado especial interés la categoría de belleza.

Tal es en Sabunde la teoría de los dos amores, de los cuales nacen, según él, las

dos ciudades contrarias y enemigas, que descubrió San Agustín en el mundo, en el corazón del hombre, y aun más allá de los límites de entrambos mundos. No es todo lo que va expuesto filosofía de la hermosura, sino filosofía de la voluntad; pero ya hemos dicho que los escolásticos no las separaban. Además, las páginas que he extractado, obra del mayor filósofo español del siglo xv, admirado y traducido por Montaigne, son de tan capital interés para la historia, todavía oscurísima de los orígenes y primeros pasos de nuestra mística, que me hubiera parecido torpeza y audacia el mutilarlos. ¿Qué era el amor para los antiguos filósofos, así platónicos como cristianos? Aspiración á la belleza suma é increada, y ansia y sed de poseerla. ¿Quién duda, pues, que las teorías acerca de este anhelo de belleza y acerca de la fuerza impulsiva que en él nos guía y sostiene, deben ocupar algún lugar, al lado de las teorías relativas á la belleza misma, y á los medios y recursos que el hombre ha empleado para traducirlo en lo humano?

Sabunde, el último de los grandes realistas de la Edad Media, discípulo de San Agustín, de San Anselmo y de Hugo de San Víctor, mucho más que de Santo Tomás, aparece colocado entre dos mundos filosóficos enteramente distintos, cerrando el uno y abriendo las puertas del otro. En él se amalgaman las dos tendencias de descomposición que en el siglo xiv fermentaron en el seno de la Escolástica: por un lado, es místico como Suizo y como Tauler, y precede y anuncia á la gran generación española del siglo xvi. Por otro, es crítico como Occam, aunque sin las extremidades ni el nominalismo de Occam. Al contrario, vuelve pie atrás, en sentido antologista, y apoyado en Lulio, renueva el argumento de San Anselmo. Pero esta no es más que una de las dos caras de Sabunde: aquella con que mira á la Edad Media. La otra cara está vuelta hacia Descartes y Pascal, de quienes es heraldo, y hacia Kant, cuya *Crítica de la razón práctica* en algún modo prelude, con su demostración de Dios como fundamento del orden moral. Trae métodos nuevos; trae, sobre todo, la poderosa palanca de la observación interna enfrente de las contenciones y de las disputas. Hasta los escépticos del siglo xvi se inclinarán ante ella, y Montaigne traducirá en admirable prosa francesa el *Liber Creaturarum*. Pero, no lo olvidemos nunca: hasta las audacias de la *Teología Natural* son lulianas, hasta el temerario propósito, no de inventar ó descubrir (que esto fuera herético), sino de probar y confirmar por la razón natural los dogmas de la fé.

(Historia de las Ideas estéticas, t. 1).

La obra de Menéndez y Pelayo

Bibliografía sumaria. — Sus principales producciones

- «La Novela entre los latinos». Tesis doctoral. Santander, 1875.
 «Estudios críticos sobre escritores montañeses». Trueba y Cosío. Santander, 1876.
 «La Ciencia española». Hay tres ediciones. La primera, de 1877, y consta de un volumen la segunda, de 1879, de dos, y la tercera, de 1887-89, de tres.
 «Horacio en España». Hay dos ediciones

La primera es de 1877 y consta de un volumen. la segunda es de 1885 y tiene dos volúmenes.

«Estudios poéticos». Madrid-Sevilla, 1879.

«Calderón y su teatro». Conferencias en el «Círculo de la Unión Católica», de Madrid. Se han hecho cuatro ediciones; las dos primeras son de 1881, la tercera de 1884 y la cuarta de 1910.

«Historia de los Heterodoxos españoles». Madrid, 1880-82. Consta de tres grandes volúmenes. Actualmente Menéndez estaba preparando una segunda edición, revisada y considerablemente aumentada. de la cual se publicó el primer volumen á últimos de febrero y acabó el segundo pocos días antes de morir. Según confesión de Menéndez á un amigo nuestro, esta segunda edición debía ser el triple de la primera.

«Historia de las ideas estéticas en España». Después de la nueva edición de los cinco primeros volúmenes, consta de nueve volúmenes de la «Colección de escritores castellanos». Madrid. 1883-1904.

«Odas, epístolas y tragedias». Dos ediciones; de 1883 la primera y de 1906 la segunda.

«Estudios de crítica literaria». Cinco volúmenes. Madrid, 1884, 1895, 1900, 1907 y 1908

«Ensayos de crítica filosófica». Un volumen. Madrid, 1892.

«Obras de Lope de Vega», publicadas por la Real Academia Española. Trece grandes volúmenes precedidos de extensísimos pró-

logos de Menéndez. Madrid, 1890-1902. Actualmente están próximos á publicarse los volúmenes XIV y XV.

«Antología de poetas líricos castellanos.» Doce volúmenes de la «Biblioteca Clásica» de Madrid, 1890-1908.

«Antología de poetas hispano-americanos» Cuatro volúmenes. Madrid, 1893-95. La semana pasada se publicó el volumen de la segunda edición, formando el volumen segundo de la colección de sus «Obras completas».

«Orígenes de la Novela». Tres volúmenes. Madrid, 1905-1910.

«Bibliografía hispano-latina clásica». Actualmente en publicación en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», de Madrid.

Tiene además una infinidad de prólogos y traducciones y numerosos discursos académicos y estudios críticos publicados en diversas revistas literarias, muchos de los cuales serán reunidos por primera vez en volumen dentro la colección de sus «Obras completas».

ENFERMEDADES de la PIEL y CABELLO

SIFILIOGRAFÍA

Dr. Umbert - Calle Canuda 62,

Ciencia política

Algunas ideas sobre los partidos políticos

(Ensayo de filosofía política)

Demasiado compleja, demasiado intensificada es la vida de una sociedad, incluso en las primitivas y rudimentarias fases de la misma, para que no nazcan en ella con plena espontaneidad, sino con plenitud de vida, diversos órganos, cuya peculiar función consiste en ir orientando, dirigiendo en cierto modo, los resortes que propiamente son reguladores de la vida política del Estado, expresión jurídica de aquella sociedad. Esta, que es la razón esencial de existencia del *partido político*, es también la que fundamenta su constante y universal diversidad, pues desde el momento que la vida social aparece influenciada por infinidad de elementos, resulta difícil, por no decir imposible, el poder determinar la dirección que en un momento dado, *tomará ó deberá tomar*, un pueblo ó un Estado en particular; y para coadyuvar á que sea ello posible, es por lo que han de existir matices de opiniones colectivas, diversidad de sentimientos y de ideas hechas fuerza social, que es en definitiva lo que vienen á ser los partidos políticos.

Mas así como toda cosa viva no tiene aquella inmovilidad de las cosas muertas, así los partidos políticos, han de haber ido evolucionando, tanto en su esencia como en sus modalidades; se observa en ellos á través de sus figuraciones históricas una rica variedad de matices en sus tendencias y en su constitución, los cuales están en concordán-

cia con las distintas fases constitucionales del estado social dentro el que viven y se desarrollan. De la misma manera que hoy día, en los modernos pueblos industriales, no es la función del Estado la misma que se le asignaba y que en realidad tenía en los pueblos militares de los siglos xvii y xviii; y que los caracteres y finalidad de los antiguos pueblos-ciudades, no son los caracteres y finalidad de las sociedades modioevales, así también deben diferenciarse cada uno de los grandes y esenciales órganos de una sociedad, cuando se les observa en dos apartados períodos de su vida.

Así pues, esta variedad de tendencias, de constitución, se presenta también respecto de los partidos políticos, cuando á los mismos se les considera en dos épocas separadas por el espacio de algunas centurias; la elaboración intensa de nuevas formas de cristalización política y social, y la modificación de las anteriormente nacidas, ha de influir á la fuerza en el carácter, en los cambiantes que van tomando aquellos órganos, la misión de los cuales consiste en ir comunicando á la mezquina política de un pueblo, las continuas palpaciones de la masa social, cuyos órganos se llaman partidos políticos.

El mejor Café es el torrefacto de **La Estrella - Carmen**, 1, (frente Belén).

A primera vista, parece que en la evolución de estos instrumentos, á la vez de impulsión y de equilibrio político, sucede un fenómeno opuesto á la que es ley general de la vida en las sociedades humanas: así como éstas van evolucionando hacia una mayor y constante desintegración de funciones, ley que en el mundo económico se llama de la división del trabajo, en cambio en los partidos políticos esta tendencia, esta ley, no resulta bien comprobada, por cuanto mejor se observa en su evolución una tendencia ó ley contraria, es decir una progresiva integración, una simplificación y agrupamiento constante de fines á través de la aparente diversidad de los mismos. Y es lógico que así suceda, pues en los primeros pasos de una sociedad, cuando ésta empieza á salir de las nebulosidades del período primitivo para entrar en la vía indefinida de las perfecciones de civilización, cada una de las necesidades y aspiraciones sociales que van surgiendo y haciéndose sentir, origina enseguida un instintivo é invencible deseo de satisfacerla en el conjunto más ó menos amorfo de la colectividad; ésta, aun no puede determinarse á ordenar sistemáticamente aquellas varias necesidades, agrupando las que obedezcan á parecidas causas y las que puedan ser satisfechas con análogos procedimientos, pues ello requiere un estado de superior organización social, propio solo de pueblos ya envejecidos en la vida del tiempo y rejuvenecidos y ricos en la vida del espíritu.

Así vemos que en el período primitivo de todos los pueblos civilizados, no aparece ni tan solo á través de la neblina que envuelve todas las lejanías, ningún esbozo de una regular y ordenada organización de las fuerzas sociales que más tarde han de constituir los diversos partidos políticos. No es que estos partidos políticos no existan ya en germen dentro las caóticas organizaciones de aquellos mundos políticos en formación; lo que hay es que entonces cada nueva necesidad que va surgiendo, conforme hemos ya dicho, es satisfecha enseguida por los mismos órganos que satisfacen otras funciones sociales, y así se comprende que dentro de aquella originaria confusión de elementos, apareciesen en lo que más adelante habían de ser los órganos sociales de impulsión y regulación políticas, ó sean los partidos, tantas variedades, cuantas eran las constantes y mudables necesidades que en la sociedad respectiva iban naciendo á medida que ésta se complicaba y se enriquecía de civilización.

Aquellas convicciones comunes, relativamente á ciertos fines políticos, que

caracterizan los partidos políticos verdaderos, al darles su unidad interna, aun no se encuentran en absoluto en las formas primitivas que aquéllos han revestido en los pueblos civilizados. En efecto, si observamos bien lo que los mismos eran, así en las ciudades griegas como en Roma, como en las repúblicas italianas medioevales, es decir en todos los nombres condensadores de pasadas épocas de la humanidad civilizada, veremos que en todos ellos, los organismos predecesores de los partidos políticos presentaban esencialmente iguales caracteres de primitividad, igual falta de desarrollo orgánico, igual variedad apriorística; no era un verdadero partido político, por ejemplo, el patriciado romano, sino un conglomerado de varias tendencias políticas y sociales, á veces hasta opuestas entre sí, y unidas tan sólo accidentalmente, como tampoco lo eran las innumerables agrupaciones que bajo tan diversos nombres dramatizaron la vida italiana de los siglos medios.

Y es que durante todas esas etapas de la evolución humana, aun no se había llegado á aquel grado de amplitud y complejidad de la vida política, que representa la definitiva implantación, ó al menos la tendencia á conseguirla, del principio de las nacionalidades. Por esta razón cuando empiezan á aparecer con todo su desarrollo orgánico, con toda la plenitud de su virtualidad los partidos políticos, cuando éstos llegan á constituir ya como un engranaje necesario para el normal funcionamiento de la máquina política del Estado, cuando contribuyen á intensificar la vida política haciendo que la vida social casi no sea más que el sedimento poco á poco depositado por la corriente de aquélla, es durante la época moderna, en la que los pueblos van llegando por la virtualidad de la conciencia nacional, á un estado de robustez política que les da aptitud para conseguir una superior vida de continuado perfeccionamiento colectivo.

No creo yo que dependa en absoluto la vitalidad y hasta la existencia de unos verdaderos partidos políticos, del mayor ó menor número de libertades de que gocen los ciudadanos, ni de la mayor ó menor intervención que éstos tengan en el gobierno de su país: el ciudadano de la antigua Atenas, tenía casi tantas libertades, y mayor intervención en el régimen de su ciudad, como el inglés de hoy día, y á pesar de esto era muy diferente la rudimentaria vida que llevaba lo que abusando de las palabras se podía calificar de partido político en Atenas, de la vigorosísima constitución

de un partido político de la moderna Inglaterra; por otra parte vemos como en Alemania, á pesar de la estrecha disciplina y rigorista sujeción política que el poder público pretende imponer, no dejan de mostrar una rica fuerza de vida sus partidos políticos. Y es que la savia de que los mismos se nutren principalmente, no es más que la plenitud de vida política que se origina de un florecimiento de disciplina social, de cultura, de riqueza, de todos aquellos valores sociales, en resumen, que se desarrollan mejor, en la forma superior de evolución política representada por la *nacionalidad*. Esta es la verdadera fuente generadora y purificadora de los partidos políticos; no lo es una gran abundancia de libertades públicas y una gran participación por parte del cuerpo social con el gobierno del Estado. A lo sumo vendrán á ser tales libertades y tal participación, como una atmósfera dentro la cual los partidos políticos puedan mejor desarrollarse y contribuir más eficazmente al progreso general de la colectividad, en cuanto serán más aptos para recoger todas las energías de la masa social que puedan entrar á confundirse en la corriente de la vida política para convertirse así en fecundadoras de otras energías sociales, que aún se mantienen en estado de potencialidad.

Estudiada ya la génesis y aparición de los partidos políticos, vamos á considerar el funcionamiento de los mismos, en relación con las diferentes condiciones en que puede encontrarse la sociedad en la que aquellos se desenvuelven.

Los pueblos todos durante su accidentada peregrinación por la vida, atraviesan períodos de bienandanzas, que van seguidos ó precedidos, como obedeciendo á una fatal ley de compensación, de otros períodos de decadencia y aflicciones colectivas. Es natural que mientras la prosperidad se cierne sobre un pueblo, todas las instituciones, todas las manifestaciones de su vida, han de verse también influenciadas por una gran realidad de optimismo. Si pues el estado de salud en todo el cuerpo social, influye en cada uno de los órganos del mismo, así como el estado de enfermedad ha de originar también una análoga correspondencia, es lógico que muy distinto carácter, conservando empero sus esenciales características, han de presentar los grandes partidos políticos de una nación moderna según tengan que desarrollar su propia energía, en un pueblo empujado por el viento de la prosperidad, ó abatido por el miasma enervador de la desgracia: distintas han

MOSAICOS E F ESCOFET & C

Ronda San
Pedre &
Barcelona

Marmoles
Piedras
Maderas

Construcción
Decoración

Joaquín Montaner

Sonetos y Canciones

■ ■ ■

Un tomo de 64 págs.—Dos Ptas.
J. Horta, Impresor.—Barcelona 1911

de ser las modalidades que presenten en una época de normalidad constitucional ó en un período de agitación constructora. Mientras en los periodos de normalidad de un pueblo, las grandes fuerzas sociales del mismo se coordinan entre sí, según ley de vital armonía y subordinación, guardando una constante relación con el funcionamiento de los grandes partidos políticos, en cambio, cuando una sociedad se encuentra en una situación de interno y anormal desequilibrio, entonces se destruye aquella relación, á causa de haberse previamente disuelto aquella armonía y subordinación entre las varias fuerzas sociales propulsoras de la vida entera de un pueblo. Ya no existe entonces con carácter dominante un gran partido conservador, autoritario, socialista—en cierto sentido de la palabra y en cuanto puede significar una mayor atención por los intereses del Estado ó sociedad,—cuyo partido sea principalmente el instrumento de acción política y de renovación, de que se valen las fuerzas sustentadoras de la sociedad para ir continuando su misión. En cambio se observa durante estos periodos de anormalidad y de crisis constitucional, como una exacerbación del sentido radical, reformista, destructor de abusos reales ó supuestos, y, que en último término, no viene á ser más que una circunstancial imposición de aquel individualismo primitivo, igualitario y destructor de toda obra de superior riqueza espiritual, á pesar de mostrarse poseído de una profunda visión de las más amplias armonías sociales.

Nada tiene de extraño, así esta recrudescencia del radicalismo, como este amortecimiento del sentido conservador durante tales periodos de anormalidad, porque es en los mismos, y debido por la confusión de elementos sociales en que se engendran y mantienen, cuando germina fecundamente en casi todas las capas de la sociedad la idea y el sentimiento de una inmediata y extensa reforma constitucional del pueblo respectivo. Hay que tener en cuenta que un pueblo se descompone y agita merced á la acción continuada de reales abusos de poder cometidos por algunos de sus elementos directores, ó bien á causa tan solo de aparentes extralimitaciones, que en esencia son pretextos para que nuevas fuerzas sociales que nacen á la vida puedan tener la esfera de influencia que necesitan y que dichas extralimitaciones les impedian tener. En realidad, todas las luchas, todas las oposiciones de los partidos políticos, provienen de que uno de ellos—el que está en posesión de poder—protege una costumbre, una tradición ó una reforma atacada por el otro partido, en nombre de ideas y sentimientos nuevos, ya importados del extranjero, ya determinados por impulsiones vivas de la misma colectividad nacional.

Por la misma razón de equilibrio vital, cuando una sociedad se encuentra en un período de normalidad constructora, entonces un sentido conservador penetra é influye en casi todas las manifestaciones de la vida colectiva; y ello es así, porque funcionando normalmente una sociedad civilizada, todas sus energías vitales pueden desarrollarse

con plenitud de vida, pues no se ha formado aún ninguno de esos puntos de obstrucción á superior y desconocidas fuerzas sociales que fatalmente se producen al envejecer temporalmente una civilización.

Entiéndase bien, que al decir que domina en dichos periodos de normalidad constructora un cierto sentido conservador, tomamos esta palabra en una amplia y comprensiva acepción, sin querer significar que tengan que desaparecer en absoluto los partidos radicales. Estos vienen á ser como fuerzas de reserva que pueden convertirse en elementos de acción el día de mañana. Bajo este criterio, creo justa la frase de Tarde, de que el partido *gubernamental* representa el optimismo y el de *oposición* el pesimismo, puesto que el último acostumbra tomar en su actuación práctica

inmediata, la exclusiva forma de negación de la obra del primero, en lugar de representar una *visión complementaria* de la misma.

Así no es extraño que en las épocas de acción colectiva, rápida y vigorosa que van atravesando los Estados y ante la aparente unanimidad del pensamiento nacional, desaparezca en apariencia y momentáneamente el partido radical, aunque no en realidad; pues lo que entonces sucede, es que se hace más práctico en el profundo sentido de la palabra, es que entonces llega á realizar la integridad de su esencia, pues que adquiere un sentido de relatividad y contingencia, sin dejar por ello de estar vivificado por el fuego interior engendrador de futuras idealidades.

JOSÉ MARTÍ Y SÁBAT

Cuestiones morales

La tristeza de la literatura contemporánea

V

La crisis económica, como causa objetiva de la inquietud presente.)

Peró—se dirá—¿acaso las causas de la tristeza moderna son todas subjetivas y carecen de realidad fuera de nosotros?

Ciertamente que el hombre actual tiene hartas causas reales y exteriores de sufrimiento: la vida es para él penosa en general, con independencia de su situación de espíritu. Especialmente, las clases inferiores sufren un calvario que mueve á piedad. Pero la vida fué siempre dura, y aún más dura que hoy, y las clases ínfimas sufrieron antes la esclavitud y la servidumbre de la gleba, sin que sus dolores tomaran forma tan dramática como la actual.

Existe, sí, una causa objetiva y nueva de dolor: la crisis económica, producida por el maquinismo y la gran industria; por el hacinamiento de luchadores, que se disputan el misero plato de lentejas; por el encarecimiento de la vida, que aumenta en proporción muy superior á la mejora en los sueldos ó jornales; por las nuevas exigencias que impone la relación social, obligando á mantener, como única garantía de consideración ajena, cierto decoro exterior, que supone un equilibrio inestable y artificioso entre ingresos y gastos.

El rebaño de hombres á quienes amargan la existencia la perturbación económica y el ansia de satisfacciones materiales, forma legión inmensa: una muchedumbre de descontentos y entristecidos, que va desde el más humilde menestral hasta el pequeño burgués y el noble arruinado.

Unos se afanan por ganar la vida; otros, por conservar el aparato vanidoso de la posición ocupada, que es en ellos *su vida misma*. Lo que para éste es el pan, es para aquél la levita, el coche ó el automóvil.

El *becerro de oro*, deidad tutelar, que en nuestro siglo ha reemplazado á los antiguos cultos, es tan arbitrario y caprichoso como los dioses griegos en distribuir dádivas á sus fieles; y las angustias, las zozobras, tal vez las humillaciones y hasta las forzadas infamias de los que aspiran al reparto, por lograr su porción de botín, podrían constituir la epopeya moderna. No sería epopeya heroica como *La Iliada*, ni teológica como *La Divina Comedia*. Sería la epopeya del dinero, baja y trágicamente grotesca, que ya bosquejó Zola en *L'Argent*.

Pero esa crisis económica es una causa más cuantitativa que cualitativa. Habrá aumentado el número de los que sufren, no la calidad de los sufrimientos ni de las injusticias. ¿Por qué aun los que padecieron siempre malestar económico, sufren ahora más que antes á causa de él, y por qué impresionan hay las mismas desgracias de ese orden que no impresionaron jamás, sino á espíritus aislados y excepcionales? Por lo que ya apunté: porque nuestra sociedad, dicho sea en honor suyo, posee una sensibilidad y un humanitarismo, que no conocieron las generaciones pasadas.

Hay, pues, también mucho de subjetivo, en cuanto al efecto angustioso que esa misma crisis económica produce; lo cual no es decir que no haya un problema externo, cuya solución ó mejora son de inmediata urgencia.

De todos modos, ese malestar, esa privación, esa hambre insaciada, que han llegado á ser enfermedad colectiva, tienen que traducirse forzosamente en tristeza y en odio; y, ó se consumen en pasivo dolor y oculto abatimiento, ó se desempeñan por los rumbos tortuosos del vicio y el crimen, con su negro cortejo de horrores; ó estallan en una exaltación desmesurada y rebelde de la personalidad, conduciendo al anarquismo, con su místico ensueño de ilusorias redenciones mesiánicas, y su aspiración me-

galómana de destruir la sociedad actual, para fundar sobre sus escombros un quimérico paraíso.

¡Y qué tristeza acumulada representa cualquiera de esas soluciones que se den al magno problema de la edad presente!

VI

La tristeza de los intelectuales: el pesimismo de Schopenhauer y Hartmann.

La tristeza de nuestra vida no es sólo para los actores de tanto drama íntimo y casero, sino también para los espectadores inteligentes y afectivos, para los que, sintiendo en sus corazones la noble solidaridad del dolor, pueden exclamar como el filántropo de Roma: «Soy hombre, y nada humano me parece ajeno á mí»

He ahí cómo el intelectual de nuestro tiempo tiene la obsesión del problema social, que es más bien el problema económico, igual que la del problema psíquico; pues ambos son, en resumen, los dos polos del sufrimiento contemporáneo. Y los desentraña con su filosofía, ó quiere buscarles remedio con su ciencia, ó declara incurables los males del hombre, proclamando con Hartmann y Schopenhauer la enervadora y lúgubre teoría del pesimismo, algo así como un *lasciate ogni speranza* dantesco.

Sea cual fuere su actitud, el intelectual sufre, porque pulsa y paladea, uno á uno, todos los dolores del alma contemporánea.

El intelectualismo es, á la vez, un diploma y un grillete. Quien le alcanza ufánase de ser superior á los otros; y su superioridad cerebral y sensitiva, es también superior capacidad de padecimiento. Se juzga en posesión de la panacea universal, y no sabe obtener su propia dicha, mientras la alcanzan los rústicos, con su vida animal y rudimentaria.

Con justicia se ha dicho que el intelectualismo, con su desarrollo desmesurado de las funciones cerebrales á expensas de otras, constituye una intoxicación y una grave dolencia.

Hoy la vida intelectual, por un proceso lógico de evolución, ha adquirido una complejidad enorme, y el pensamiento moderna es como océano tumultuoso, donde olas encontradas se combaten.

Roto el equilibrio entre la teoría y la práctica de la vida; ondulante, movedizo y remoto el ideal que sirve á ésta de norma; el espíritu siente de manera alternativa los furros y los desmayos, la desesperación y el abatimiento, de quien cree tener en su inteligencia la palanca de Arquímedes para remover el mundo, y, al ir á emprender la ciclópea labor, no halla ni sostén firme para aquélla, ni vigor en su voluntad, ni calma en sus nervios.

Y como ese intelectualismo pesimista, elevado á la dignidad de escuela filosófica, penetra hasta la médula de la literatura actual, importa que convirtamos á él un punto nuestra atención, para buscar en su seno las raíces de la tristeza literaria.

Ciertamente, la filosofía pesimista no es cosa original de nuestro tiempo. Veinticuatro siglos ha, un gran redentor de hombres, Budha, proclamaba á orillas del Ganges que «el mal es la existencia». Pero esta lúgubre afirmación ha sido resucitada por varios pensadores de la anterior centuria, é incorporada, con aparato de ciencia nueva, al caudal de sus ideologías. Hay, pues, un bud-

hismo moderno, que supo estudiar bien el académico francés. E. Caro (1).

Y, por contraste singular, la Alemania, joven y fuerte, que por sus triunfos militares debiera confiar, alegre y serena, en el porvenir, ha sido, con su genial filósofo Arturo Schopenhauer, la restauradora del pesimismo, que arrastró las más claras inteligencias del pueblo germano.

La semilla germinó en otros países, como Italia, Francia y Rusia, llegando en ésta, por la levadura asiática de renunciamento y ascetismo que tuvo siempre la raza slava, á engendrar la monstruosa secta de los *skopsi* ó mutilados, quienes, con el cruento sacrificio de su virilidad, proclaman «que la vida es mala y que es conveniente agotar su origen» (2).

Schopenhauer, el gran profeta del pesimismo contemporáneo, tiene del mundo y de la sociedad una visión tenebrosa. «La vida—dice—es una caza continua, en que los seres, ya cazadores, ya cazados, se disputan los harapos de su felicidad; una guerra de todos contra todos; una especie de histo-

(1) Véase su notable libro *El pesimismo en el siglo XIX*.

(2) E. Caro: *El pesimismo en el siglo XIX*, edic. española páginas 32 y 33.

ria natural del dolor, que se resume del siguiente modo: «Querer sin motivo, luchar siempre, después morir, y así sucesivamente en los siglos de los siglos, hasta que la corteza de nuestro planeta se deshaga á pedazos.»

Según este sombrío filósofo, el mundo es sólo resultado de la voluntad, y pura apariencia subjetiva (1). «Vivir es querer y querer es sufrir; la vida es, pues, en su esencia, un dolor.» Padecemos primero por el bien apetecido, y, cuando logramos alcanzarle, sufrimos viendo que sólo era fugaz ilusión. Todo placer es negativo; sólo es positivo el dolor, el cual crece al compás de la inteligencia, y es hoy más penoso que nunca por haberse hecho consciente. Así, «lo que el hombre llama en su locura el progreso, no es sino la conciencia más íntima y más penetrante de su propia miseria»

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

(Continuará el capítulo VI.)

(1) Schopenhauer: *El mundo como voluntad y representación*.

RON BACARDÍ

Expansión catalana

Los Orfeones de Cataluña en Madrid El «Orfeo Tarragoní» y el «Orfeo Catalá»

El siguiente artículo, que nos ha remitido nuestro buen amigo y colaborador Sr. Martí y Bofarull y que publicamos en atención á la cordial amistad que con él nos une y á la admiración que sentimos por la ciudad de Tarragona y por sus instituciones culturales, esta Redacción opina, y se complace en manifestarlo cariñosamente á su autor, que es sin duda alguna innecesario en cuanto responde al fin de evitar suspicacias entre las dos capitales Barcelona y Tarragona, acerca del viaje de los orfeones á Madrid, glorioso para entrambos y para Cataluña todo.

Lo que el Sr. Martí tan brillantemente pleitea, es ya cuerpo de opinión corriente en Barcelona, donde nadie deja de considerar al Orfeo Tarragoní como la segunda entidad coral de la tierra. Nadie ha discutido aquí el legítimo triunfo que alcanzó en la Corte, que sólo por el Orfeo Catalá, por la institución más que barcelonesa, nacional, ha podido ser superado y aunque sea imposible alambicar ahora la proporción con que la prensa barcelonesa se haya ocupado de aquél al cual cupo la gloria de hacer escuchar por vez primera los cantos catalanes en Madrid, puede estar seguro el Sr. Martí, de que no sólo el espíritu general de Barcelona está á cubierto de toda sospecha de rivalidad, sino de que aquí se sigue con la mayor atención el desarrollo cultural de la imperial ciudad. Porque aun si existiera lo que el Sr. Martí teme, esto no debiera ser sino estímulo de energías, franca emulación poderosa y fecunda, que solamente bienes podía producir á Cataluña, así como á la secular rivalidad entre las viejas ciudades universitarias alemanas é inglesas se debe no poca parte del progreso intelectual y aun el físico de las repetidas naciones. — R.

No se asusten mis muy queridos compatriotas: no teman tampoco los barceloneses; no vamos á tratar de imaginarios dualismos entre las dos prestigiosas entidades musicales que, aun y suponiendo que los había, no

sería para nosotros motivo que nos alentara á coger la pluma y remachar sobre ello. Lejos, pues, de nuestro propósito el de embestir cuestiones que parecer antagónicas, no lo son, y á desvanecerlas en lo que podamos van dirigidas estas líneas en primer lugar, y á requerir de nuestra gente un poco más de justicia cuando se trata de fallarla en un sentido ú otro, en segundo término.

Mi ilustrado y buen amigo C. J. se ocupaba há tres semanas, desde estas columnas, del viaje triunfal del «Orfeo Catalá», en ocasión de su primera visita á la villa y corte de España, y, á pesar de convenir en un todo con sus apreciaciones y juicios sobre ese viaje y la labor eminentemente catalana-artística realizada por la primera de las entidades corales europeas, no habrá de ser ello obstáculo para que digamos también nosotros unas palabras relacionadas con otra excursión de la misma naturaleza que, con un intervalo de pocos días, realizó á la misma capital de España el «Orfeo tarragoní», antes que el «Orfeo Catalá».

No nos duelen en manera alguna los elogios prodigados, muy merecidamente por cierto, al primero de los orfeones catalanes.

Si alguna queja sentimos, no fué otra que la de haber dejado poco menos que en olvido al «Orfeo Tarragoní», que, modesto y sin pretensiones de altos vuelos, cumplió muy dignamente su delicada misión cultural, social y artística á Madrid, mereciendo las alabanzas y felicitaciones de toda la villa, desde la familia real al más humilde del *reporter* periodístico.

El «Orfeo Tarragoní» fué á la Corte, y allí se le colmó de atenciones y elogios tal vez exagerados. Era el primero que llegaba de Cataluña con sus tres secciones. El primero que paseaba por la Puerta del Sol las mantillas blancas y las gorras del paradisico Campo de Tarragona. El primero que daba á conocer á sus mujeres (no diremos hermosas: con ser mujeres las hemos de reconocer como á tales). El primero en llevar á Castilla el espíritu de nuestros cantos populares y la madurez de nuestra vida corporativa. El primero en cantar el himno de la ansiada libertad catalana. El primero en fin, y con ser el primero, todo lo suyo era alma de Cataluña que allí permanecía en delicado lazo de juventud y arte.

De todo esto, nada se ha dicho acá ¿A qué fué, pues, el «Orfeo Tarragoní» á Madrid? Otro queridísimo amigo nos lo dice en atento escrito particular. «No podía el «Orfeo Catalá» tener otro más noble precursor» dice, refiriéndose al viaje también triunfal del «Orfeo Tarragoní» á la Corte.

Hé ahí todo; hé ahí la justicia; hé ahí el objetivo.

El orfeón de Tarragona no hizo su viaje á la Corte para turbiar el del «Orfeo Catalá», (quimera hubiese sido intentarlo) como alguien maliciosamente quiso suponer; antes bien, para dar fé de su existencia artística, cuidadosa y nacional á un tiempo, que no por ser Barcelona *cap y casal* de Cataluña, y allí fecundicen las más grandes empresas y se desarrollen y expansionen las más vigorosas manifestaciones del humano saber, habrán de dejar de intervenir sus ciudades y sus pueblos, pues que no haciéndolo. Llegaríamos á perder este tópico característico de nacionalidad, de la que nos venimos ocupando cotidianamente.

Estos vivos anhelos de carácter é intervención, han sido los móviles que indujeron al «Orfeo Tarragoní» á emprender su viaje á Madrid, y ello nos ofrece un alto ejemplo de vida intensamente catalana que viene á confirmar paralelamente, que la característica del trabajo y la perseverancia, que Barcelona nos sabe mostrar, son lecciones provechosas que el resto de sus pueblos procuran imitar, cuando no las crean por sí mismos, tal como hizo el notable «Orfeo Tarragoní».

**

Ello fué que el «Orfeo Tarragoní» hizo su viaje á la Corte, y aun resuenan en nuestros oídos los clamores y alabanzas que por ende se le colmó, lo que nos estimuló en gran ma-

nera como tarraconenses y como catalanes á la vez.

Mas, vayamos á cuentas ahora. La prensa barcelonesa y buena parte de la catalana, ¿ha prestado á la notable masa coral toda la atención y preferencia de que fué merecedora? Seamos justos. En manera alguna. ¿Por qué razones? No es que las sepamos, pero pretendemos adivinarlas. En primer término, porque no es de todos conocida la titánica obra que viene realizando el «Orfeo Tarragoní» en pro del arte y la cultura catalana, y en segundo término, porque se sufre el peregrino error de suponer que ya ninguna otra asociación musical va á poder alcanzar la misma perfección, disciplina y prestigio á que ha llegado el «Orfeo Catalá», y esto, fatalmente, predispone siempre. Grave error éste. El «Orfeo Tarragoní», hijo del «Catalá», pues al calor de éste se constituyó, fué proclamado el 22 de Mayo de 1910 en el «Palau de la Música Catalana» de Barcelona, á raíz del concierto que allí dió, como el segundo orfeón de Cataluña, que es lo mismo que decir el segundo de España.

Periódico hubo de ésa, que en la ejecución de una obra dijo, que ni el «Orfeo Catalá» había llegado nunca á darle tan justa y matizada interpretación. Sería flor de otoño, pero debajo de aquellas líneas se ocultaba un crítico musical de gran prestigio, cuyas opiniones pesan en el círculo del arte de la Música.

Si os dijéramos ahora cómo y á fuerza de cuantas penalidades y sudores se ha acrecentado el «Orfeo Tarragoní», y á base de qué modestos pilares se ha debido apoyar, á buen seguro que ibais á creer que se trataba de algo que no puede creerse, algo imaginario, de leyenda, pero nunca resultado de unas voluntades y unos sacrificios, de que han podido ser actores unos cuantos amigos nuestros y protagonistas, toda el alma de la ciudad tarraconense.

Nosotros que hemos compartido con la fé de los esperanzados parte de esos sudores y esas fatigas (y que las hemos dado siempre por muy bien sufridas) podríamos llenar cuartillas y más cuartillas con solo describir las principales escenas de la obra.

No es menester hacerlo. No lo haríamos tampoco, pues no creyera alguien que vamos en busca de un aplauso, cuando sólo tratamos de demandar justicia y no para nosotros, sino para el prestigioso «Orfeo Tarragoní».

**

El «Orfeo Catalá» no pudo tener más noble precursor que el «Tarragoní», hemos apun-

tado antes. Tiene razón el amigo. Estas bellas y justas palabras nos consuelan de los pequeños amargores sufridos. Como bálsamo suavizador y aromático, como rayo de luz que desaloja las tinieblas, han de caer sobre las frentes y los pechos de nuestros esforzados cantores.

Unas breves palabras.

El «Orfeo Catalá» seguirá, como hasta la hora presente, su ascensión artística, teniéndonos á todos nosotros por sus más ardientes defensores y enamorados, tanto por su historia brillante, como por sus méritos y sus cualidades que nadie ha podido igualar. También por ser honra y orgullo de Cataluña en su género.

No pedimos tanto para el «Orfeo Tarragoní». Con solo tenerle por vivo y patente en el concierto artístico-cultural catalán, con solo recordarle y reconocer sus triunfos bien públicos y pregonados, con solo no olvidarle y con él á la ciudad que le sirvió de madre y cuna, nos daremos por satisfechos.

Queremos al «Orfeo Catalá» por ser gloria de Cataluña y de Barcelona. Queremos al «Orfeo Tarragoní» porque lo es hoy de Tarragona, y ansiamos á que lo sea de Cataluña, de España, y á poder ser, el primero entre los primeros.

Queremos á uno y á otro en unión, y que uno y otro se amen y se consideren hermanos, como lo son en sus principios y en sus fines. Queremos á ambos en un mismo amor, cual lo siente un hijo en idéntica proporción á su padre y á su madre.

No sea que habiendo ido uno y otro orfeón á acortar distancias entre las regiones ibéricas, se prolongasen y malograsen estos nobles esfuerzos entre uno y otro orfeón, entre una y otra ciudad, de tal manera, que tuviésemos necesidad de embajadas más ó menos diplomáticas para tratarnos. Labor difícil sería ésta que nadie quisiera cargar. A que no llegue el caso, van encaminadas estas mal trazadas líneas.

BERNABÉ MARTÍ Y BOFARULL

Tarragona, 6 Mayo 1912.

LIBROS RAROS Ó PRECIOSOS

IMPRESOS Ó MANUSCRITOS

:: SE COMPRAN POR SU MAS ALTO VALOR ::

SALVADOR BABRA - Méndez Núñez, 11

—EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES—

LA EGIPCIA

SOCIEDAD ANÓNIMA

La más importante de España-20 sucursales con teléfono-Central: Pelayo, 44, teléf. 1.113 ♦ ECONOMIA VERDAD EN LOS PRECIOS

Importante: La Egipcia es la única funeraria que posee Cámara de Desinfección, no sirviendo artefacto alguno sin que sea previamente desinfectado.—NOTA: Esmerado y rápido servicio tanto en la Capital como fuera de ella.

La Semana

Nota de actualidad

El Proyecto de Mancomunidades en el Congreso, y la Asamblea del Noguera-Pallaresa

Antes de que la Mancomunidad catalana sea un hecho y exista en el papel, ha demostrado existir de hecho en la vida económica de

Cataluña al tomar parte las cuatro diputaciones en la gran Asamblea de Lérida, celebrada el 19 de Mayo, para exigir al gobierno el cumplimiento de sus compromisos relativos á la construcción del famoso proyecto de ferrocarril del Noguera-Pallaresa.

La cuestión del Noguera-Pallaresa es un pleito viejo. Se trata de la construcción de una vía férrea que enlace con Lérida las comarcas del Pallars, conca de Tremp y Segriá; es decir que ponga en comunicación la región pirenaica de la provincia de Lérida con el llano, la capital, y por lo tanto una la alta montaña, hoy aislada, con el resto de Cataluña. Este ferrocarril debe unirse con Francia por Saint Giron, y de su construcción depende la vida toda de las comarcas nombradas, que estarán en relación directa y fácil con el resto de Cataluña y con Francia. A pesar de los inmensos beneficios que se esperan de la existencia de esta importante vía, el gobierno viene siguiendo desde hace cuarenta años la política de zafarse y eludir el cumplimiento de las palabras empeñadas y los compromisos contraídos. La cuestión del Noguera Pallaresa es un tópico que una generación ha transmitido ya á otra contra el centralismo. Entretanto Francia va construyendo y adelantando sus ferrocarriles eléctricos, esforzándose en llegar cuanto antes á la frontera española. Otras líneas internacionales la de Ripoll y la de Jaca van construyéndose y activándose, pero la comarca del Pallars sigue condenada despóticamente al aislamiento.

Però ahora, es toda Cataluña la que concentra su atención sobre un pleito que antes

movía casi, solo los ánimos de la región más de cerca afectada. Hoy toda Cataluña interviene, revestida de la autoridad de la mancomunidad, sino material, moral, pero viva y prestigiosa ante el pueblo. Y así, han sido las cuatro diputaciones, los diputados y senadores, el Municipio de Barcelona, las corporaciones económicas de la capital, la Asociación de Forasteros y el sentimiento unánime de todo el pueblo, catalán, quienes se han reunido en Lérida, en Asamblea magna, con solemnidad de fiesta popular, para reclamar enérgicamente al gobierno la inmediata resolución del olvidado asunto. Por el gran interés que el mismo tiene para los departamentos de Francia vecinos á aquella parte de frontera, por los derechos que esta nación tiene al cumplimiento del convenio franco-español relativo al mismo, convenio desatendido por España; gran número de representantes oficiales de corporaciones, entidades y fuerzas vivas del Ariège y del Alto Garona concurren oficialmente y se adhieren á la Asamblea, prometiendo á la vez el apoyo decidido del gobierno francés. Las conclusiones aprobadas por unanimidad y elevadas al gobierno de España abarcan los siguientes puntos: Cumplimiento del convenio internacional por medio de un proyecto de ley que garantice la construcción del ferrocarril del Noguera-Pallaresa en plazo convenido, y que se pidan á las Cortes los recursos necesarios para construir y poner en estado de explotación el trayecto de Lérida á Camarasa, cooperar á la acción de los nombrados departamentos franceses, y en el caso de que el gobierno español no atienda la petición, convocar á otra gran Asamblea, á todas las fuerzas vivas de Cataluña.

Dos días después, el 21, era leído en el Congreso el proyecto de ley creando el reglamento de Mancomunidades interprovinciales redactado por el ministro de la Gobernación Sr. Barroso, según el ofrecimiento hecho por el Sr. Canalejas á los representantes de las diputaciones catalanas. La presenta-

ción del tan esperado proyecto, que ha de principiar á dar realidad de derecho á las aspiraciones autonómicas de Cataluña, ha producido gran expectación. Se aplaude y agradece por todos, en primer lugar, la firmeza del gobierno liberal en presentar el proyecto á las Cortes, cumpliendo la palabra dada. Ahora bien, en cuanto á la virtud del proyecto, á su eficacia positiva y á su alcance, los conjeturas son dispares según los temperamentos, lo mismo que los juicios sobre el articulado y las atribuciones que de él se desprenden para las futuras entidades regionales que se constituyan. Todos pues, esperamos con ansiedad la discusión del proyecto de ley, sin prejuicio de estudiarlo por nuestra cuenta en estas páginas, lo cual procuraremos hacer en uno de los próximos números.

R.

A la memoria de Maragall

Fiesta de Homenaje en el Palau de la Música Catalana

Se celebró el pasado domingo 19, organizado por la Juventud Nacio-

nalista, ó sea por los jóvenes de la Lliga Regionalista, acudiendo a esta solemnidad brillantísima concurrencia. Formaban el programa los discursos de D. Joaquín Ruyra y D. Juan Alcover, lectura de poesías de Maragall, lectura de «El Llegat» composición poética de José Carner á la memoria del gran maestro, y representación del idilio de Goethe, traducido por Maragall á lengua catalana: «Eridon y Amina».

El discurso del autor de «Marines y Boscatges» fué un estudio admirable y de profunda belleza, sobre el poeta muerto y su poesía. Hizo revivir primero la persona física del maestro para luego mejor describir su personalidad espiritual, de la que puso en relieve las características esenciales: su intuición y su repugnancia al análisis. «Sus meditaciones más que á la investigación de principios tendían á contemplar la intuición y á gozar sus derivaciones y armonías. Casi nunca argumentaba: exponía simplemente sus ideas: pero sabía hacerlo dentro

LA HISPANO SUIZA

Fábrica de Automóviles Española

Talleres en Barcelona:
Carretera de Ribas, 279
(SAGRERA)
Teléfono 8.250

Telegramas y Telefonemas
Automóviles - BARCELONA

Sucursal en Francia:
Levallois Perret
(PARIS)



Chassis de turismo de 12/15, 15/20, 30/40 y 45 HP. Los más rápidos y los más económicos de esencia y neumáticos.

Chassis para omnibus y camiones, 15/20 y 30/40 HP. Para transporte de pasajeros, servicio de colegios y de hoteles y ambulancias sanitarias.

Para transportes de 1 1/2 y de 3 toneladas y servicio de correos.

Grupos marinos, de 6, 15 y 30 HP.

Para canots de recreo, transportes de pasajeros, servicios de prácticos de puertos, salvamento de naufragos y auxiliares para buques de pesca.

GASTROL MIRET

El Gastrol Miret es, sin duda, la mejor entre todas las preparaciones destinadas á curar las enfermedades del aparato digestivo. En efecto, sea cualquiera la causa, alivia enseguida y cura pronto y bien, por rebeldes y antiguas que sean y aunque se hayan resistido á otros tratamientos, todas las enfermedades y molestias del

Estómago é Intestinos

Absolutamente inofensivo, es un remedio que por sus efectos rápidos y segurísimos se recomienda él mismo, y cuyas maravillosas virtudes alaban con entusiasmo en todas partes cuantas personas le conocen. La compra de un frasco reporta un gasto muy pequeño y, en cambio, proporciona la satisfacción de haber encontrado un buen remedio.

AVISO: Cuantos lo deseen recibirán gratis un librito muy interesante para todos los enfermos del estómago é intestinos.

Frasco, 3'50 pesetas en Farmacias, Droguerías y Depósitos de Específicos.

GASTROL. Nombre registrado en los principales países. Premiado en la Exposición Universal de Atenas de 1903
DE VENTA EN TODAS PARTES
NATALIO MIRET, Farmacéutico.-Verdú, 68.-BARCELONA

de una gamma tal de buen sentido, de honradez y de caridad y con palabras tan profundas de pensamiento y que se apoderaba enseguida de los corazones y de las inteligencias »

Maragall era el Poeta que según la fase de la Biblia, hablando de los buenos patriarcas, hacía su camino atento á la presencia del Señor, extendía la Religión y la Poesía, como formando un solo cuerpo, que la Belleza era un aspecto de la Divinidad y que él, el Poeta, era el ritmo de la energía creadora. Así ejercía el arte con una especie de religiosidad, sintiendo la inspiración como gracia inestimable.

Así, la obra de Maragall no tiene desperdicio y no hay verso que por uno ú otro concepto no sea de oro purísimo. Y como sus versos, su prosa es también de poeta y llena de revelaciones sorprendentes, visiones de un ojo clarísimo y penetrante.

Adrián Gual dió lectura á los *Goigs de la Verge de Nuria* Enrique Giménez á *Excelsior* y al *Cunt als Joves*.

José Carner dió á conocer su novísima producción «*El Llegat*», que merced á la bondad del autor, nuestros lectores podrán saborear á continuación.

El poeta de Mallorca, el autor de *La Serra*, estudió magistralmente la obra poética de Maragall: «Su poesía no es imaginación ni ingenio ni color ni especialización de tal ó cual facultad, sino alma abierta de par en par, ávidamente interrogativa del misterio del Mundo y del propio misterio, como un mar palpitante donde tiemblan los reflejos del cielo y la tierra. Recibe la poesía como una revelación y la transmite como una confidencia: y tan obligado se cree á respetar escrupulosamente las palpitations de la emoción, que con frecuencia la comunica en forma irregular y fragmentaria, para que armonizándole y redondeándole no se evapore el calor y el perfume íntimo.»

Después de su serie de juicios sobre las distintas producciones de Maragall, se detiene largamente en el poema del *Comte l'Arnau*. «Todo el poema flota entre la vida y la muerte, entre este y el otro mundo. El autor no se aviene nunca á la impotencia humana para rasgar el velo impenetrable. El misterio supremo que á todos uno ú otro momento nos preocupa, es en él dominante. Y esta obsesión palpita en la obra y la impregna de un olor de eternidad. El relieve mismo de las figuras como aquella Adelaída, que recuerda alguna escultura sepulcral de las viejas abadías catalanas, parece acentuado por la exacerbación del instinto de vida, celoso de los cuerpos donde se encarna, inquieto delante de la incógnita que nos vuelve los dardos de nuestra aguda y persistente interrogación.»

El discurso de D. Juan Alcover terminó con una vibrante alocución, con un canto á la juventud, á la que recordó como Maragall cantaba el amor á la tierra catalana, en estas inmortales palabras:

«Y es igualmente con el amor á Cataluña que nos brillan en los ojos y en la frente en tal día; que parece que llevemos á Cataluña encendida dentro al pecho....»

«La tierra de que está hecho nuestro cuerpo y la Historia de que está hecha nuestra alma, parece que aquel día hierven de nuevo como el mosto después de un largo reposo; y que todo el aire de nuestra tierra y los hechos de nuestros abuelos nos resuciten en las entrañas y nos inundan en tal manera que lleguemos hasta sentir un gusto de tierra catalana en la boca y sin anhelos de heroísmo catalán en el espíritu.»

Y que...—concluyó diciendo el Sr. Alcover—¿ya no consienten los tiempos nuevos este fervor? Pues yo digo que sí. Yo ruego a Dios que no se apague ni se extinga en la sanera de nuestra juventud: y si, lograda la conquista y la consolidación definitiva de todo aquello á que aspiramos se había de extinguir, yo, a este precio, quisiera que no lo consiguiésemos nunca.»

El idilio de Goethe «*Eridón y Amina*» traducido por Maragall, delicadamente interpretado, en un escenario sobria y graciosamente decorado, por los actores señores Tor y Capdevila, y las actrices señoras Emilia Baró y Mestres, fué remate apropiado del homenaje de la juventud regionalista á Maragall.

El Llegat

Oh patria, tu has minvat de mitja vida
— oh patria dolorida,
incerta en el camí! —
finà la teva veu, el teu poeta,
l'alè de Deu que t'estremia el sí.

Damunt ton aspre sòl atuidó
ell fou tan dolç, que totes les rencunies
omplia de perdó,
mes sossegat que aquella noble posta
en que l'herba tremola de dolçó.
Ses passes benefien les contrades
i el seu amor no el dirà mai ningú;
sense ell, oh mare, t'ets trobada sola,
no compten pas els que plorem amb tu!
Que era ell qui dava al sócol de tes festes
la gracia d'un altar,
el que cullia poms de tes ginestes
i espurnejava de la llum del mar.
En tes afraus serenes
l'havia embadalit de tes fontanes
la natural virtut;
el seu esguart cenyia tes carenes
de nova joventut.

Ell descobria pietats de mare
en l'enigma diví de tos penyals,
fent per ton front una corona clara
de les teves cascades eternals.
Oh patria, tu has minvat de mitja vida,
— oh patria dolorida,
laçada en ton camí! —
finà la santa veu, el teu poeta,
l'alè de Deu que t'estremia el sí.

Oh patria generosa,
d'una amargor mes dolça que la mel,
oh mare, dígam si aquest teu silenci
es averany crudel.
Voldries esborrarte
sota la llum del cel?
De ta fillada vora teu estreta
caigut l'hereu, s'espargirà tothom?
Dígam, patria, si mort el teu poeta
oblidaras ton nom!

Mes tantmateix, oh cims, oh serralades,
oh torterol de llum de les ratxades,
oh negres boscos tremolant d'un cant,
ciutats adalerades
i gèneres passant,
curtes seran les vostres agonies,
vosaltres sou la il·lusió dels dies,
imatges vagues que s'emporta el vent,
i ai, que la patria es nada
mes que de terra i aire
d'una tenacitat de pensament!
El fogar de la patria
no es veu amb nostres ulls de voluptat;
l'esperit sol el guaita,
com un castell alçat
devora les riuades invisibles
de la Immortalitat.
En tal sojorn, la mare enamorada,
al caure l'Escullit,
obrí de nou sos ulls, amb la besada
que lliura del oblit.
— Oh fill, — digué — les vies que jaquies,
l'aire, la serra, el plà,
i la ciutat de tormentoses ires

i el poble al·lucinat de son demà,
del redemptor la febre,
la núa fiastomia dels rebels,
i el bes en la tenebra,
i el cant sota els estels,
de mes vinents fillades
seran en el glati;
que has lliberat mos signes
de la fi paorosa del sentit.
Tu, coronat d'aubades,
que el gel arbores del mateix destí,
girat envers les ribes de la vida
a ont se mou la gent que ha de morir;
dóna·ls avui un gran llevat de segles,
dels segles que vindran,
i així farà la recordança teva:
Jo amb mon amor transfigurat en cant
he retut la temença, la venjança
i el foll neguit retort,
i la mentida que somriu vinclant-se:
tots els fills de la Mort.
I es aquesta la deixa de mos dies:
Si veniu a la patria asserenada
per mon camí esplendent
els esperits del ombra
cauran eternament
en la patria inflamada
per un gran foc vivent!
I davant l'holocaust de sa fillada
es morirà la Mòrt d'anyorament.

JOSEP CARNER

La Hispano Sulza

Hemos tenido ocasión de ver un elegante torpedo montado sobre un chasis 30/40 HP. «HISPANO SUIZA» que esta Sociedad ha vendido á la Sociedad de Riegos y Fuerza del Ebro, creada por el Sr. Pearson.

Según tenemos entendido, en breve serán entregados á esta última Sociedad, dos chasis 15/20 HP. «HISPANO SUIZA» que después de varios ensayos comparativos hechos, son los únicos que han dado completa satisfacción para el servicio á que se les destina.

Parece ser que estos son los primeros pedidos de una serie que hay en proyecto.

Celebramos mucho que los productos de esta industria catalana, que tanto honra á la producción nacional, hayan logrado por sus condiciones de seguridad, potencia y perfección, ser los preferidos.

BRIEHS SOMBREROS
ARCHS - 3

Comparad la "URANIA" con las demás y la adoptaréis



Sólida
5 años
Garantía

Visible
750
Pesetas

Agente General: J. ROVIRA - Cortes, 619 - Barcelona

AGUAS MINERALES NATURALES
de la
SOCIEDAD ANÓNIMA
VICHY CATALÁN

Aguas hipertermales, de temperatura 60°, alcalinas, bicarbonatado-sódicas. Sin rival para el **reumatismo**, la **diabetes** y las afecciones del **estómago**, **hígado**, **bazo**. Estas aguas, de reputación universal, sólo se venden embotelladas y las botellas llevan todos los distintivos con el nombre de la **Sociedad Anónima Vichy Catalán**. Llamamos la atención de los consumidores, y muy particularmente de los enfermos, para que no se dejen sorprender admitiendo como idénticas á nuestras aguas otras **artificiales** que se ofrecen en este mercado con nombres de **fuentes imaginarias** que sólo son marcas de fábrica y no fuentes de origen.

DE VENTA EN TODAS PARTES

Administración: RAMBLA de las FLORES-18-ent.º



VIUDA DE
JOSÉ RIBAS

MOBILIARIOS DE LUJO
EN ESTILOS CLÁSICOS Y MODERNOS

INTERIORES COMPLETOS

SECCIÓN COMERCIAL

MOBILIARIOS
EXTRAORDINARIAMENTE BARATOS

METALISTERÍA * LÁMPARAS

OBJETOS DE ARTE

PARQUETS PLEGABLES (PATENTADOS)

Despacho: Plaza de Cataluña, 7
Almacenes y Talleres: Consejo de Ciento, núm. 327

: Cemento Portland Artificial:
ASLAND

Fábrica en Castellar de Nuch y la Poble de Lillet
Actual producción: 240 toneladas diarias
Sólo una clase - La superior

UNIFORMIDAD Y CONSTANCIA EN LA COMPOSICIÓN
Resistencias sólo comparables á las de los mejores
portlands conocidos: Aplicables á todos los usos,
especialmente á los que exigen resistencia extraor-
::: dinaria: Insustituible en obras hidráulicas:::

COLOR INMEJORABLE PARA PIEDRA ARTIFICIAL
A igual resistencia admite cuatro veces más arena
que los mejores cementos: Fabricación por hornos
rotatorios automáticos: Motor hidráulico por tu-
bería forzada de 4,700 metros de largo por 80 cen-
tímetros de diámetro, desarrollando 3,000 caballos
de fuerza: Combustible procedente de las minas de
la Compañía: Laboratorio físico y químico á dis-
posición de los clientes como garantía de la cali-
dad: Análisis constante de las primeras materias
::: y del producto elaborado:::

Despacho en BARCELONA: Plaza de Palacio, 15 (Pórticos Xifré)

OBRA NUEVA

Lo que debe saber todo Concejal

por
D. FERNANDO SANS Y BUIGAS
Abogado, Secretario del Ayuntamiento de Sarriá, Secretario del Primer Congreso
Español de Gobierno municipal,

y
D. JOSE M.ª TALLADA
Ingeniero, Profesor de Economía Social en la Escuela Provincial de Artes y Oficios
de Barcelona.

Un volumen de 452 páginas, 4'50 pesetas (encuadernado).

PEDIDOS: Centro de Administración Municipal, calle Aduana, 3, entlo.: Principales
Librerías y en la Administración de CATALUÑA, Muntaner, 22, bajos.

AGUA MINERO: MEDICINAL
NATURAL: PURGANTE

RUBINAT-LLORACH

Recomendada por las Academias de Medicina de Paris y Barcelona, etc., etc.

DIPLOMAS Y MEDALLAS DE ORO

PURGANTE SIN RIVAL EN EL MUNDO

Combate eficazmente la constipación pertinaz del vientre, infartos crónicos del hígado y bazo, obstrucciones viscerales, desórdenes funcionales del estómago e intestinos, calenturas, depósitos biliosos, calenturas tifoideas, congestiones cerebrales, afecciones herpéticas, fiebre amarilla, escrófulas, obesidad (gordura); NO EXIGE REGIMEN NINGUNO.—Como garantía de legitimidad, exigir siempre en cada frasco la firma y rúbrica del **Dr. Llorach**, con el escudo encarnado y etiqueta amarilla. Desconfiar de imitaciones y substituciones.

— VÉNDESE EN FARMACIAS, DROGUERÍAS Y DEPÓSITOS DE AGUAS MINERALES —

Administración: Calle Cortes, 648 - BARCELONA

Nadie debe estar en su casa sin una botella de agua Rubinat-Llorach